

752

# JOYAS DEL TEATRO.

70

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

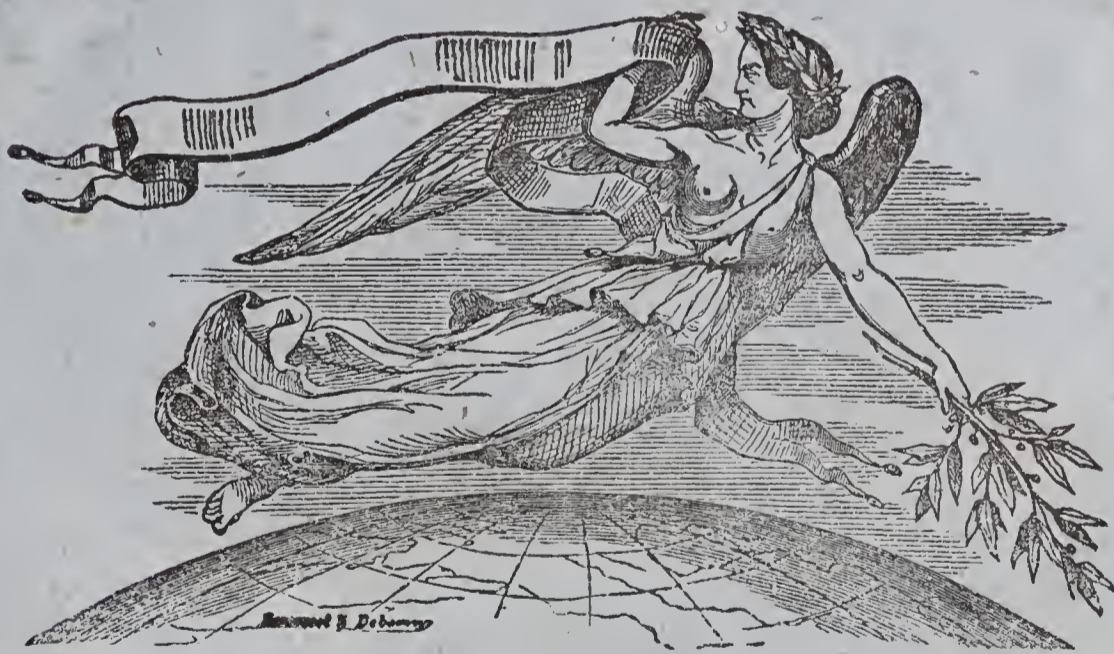
EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA.

6229

TEATRO PRINCIPAL.

## LOS LIBERTINOS DE GINEBRA,

Drama en nueve cuadros.



BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,  
calle de Fernando VII, núm. 29.

1848

13



LOS  
**LIBERTINOS**

DE GINEBRA.

DRAMA EN NUEVE CUADROS

DE

*Marco Fournier,*

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

*D. Arturo Vilgabec y D. Cirilo Athonna.*

*Representado en el Teatro Principal de Barcelona en Noviembre de 1848.*

---

**BARCELONA,**

IMP. Y LIB. DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE MAYOL, EDITORES,  
CALLE DE FERNANDO VII, NÚM. 29.

1848

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera Teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

# LOS LIBERTINOS DE GINEBRA.

## Personajes.

## Actores.

JUAN CALVINO. . . . .	
DELETA DE BURES. . . . .	D. <sup>a</sup> Juana Perez.
HUGUEL SERVET.. . . .	D. Juan de Alba.
MONATO. . . . .	D. Asencio Faubel.
ECOLAT. . . . .	D. Joaquin Parreño.
FIGOGNE, tabernero de la <i>Rosa-Blanca</i> . . . . .	D. Antonio Capo.
BARBARA. . . . .	Sra. Burgos.
ANNIVARD. . . . .	Sr. Casanovas.
BERTHELIER. . . . .	
PEDRO AMEAUX.. . . .	

## Personajes.

## Actores.

MATEO FELIPE. . . . .	
ROBERTO COP. . . . .	
HUGO VANDEL. . . . .	
JUAN LULLIN. . . . .	
SIMON POTIN, carce- lero. . . . .	
PEDRO, criado de Cal- vino. . . . .	
El SÍNDICO del consejo. Hombres y mujeres del pueblo. — Conseje- ros. — Patricios. — Soldados. — Marineros.	

La escena en Ginebra. — Año 1553.

## CUADRO PRIMERO.

### La retractacion.

*Una plaza pública. Á la izquierda del espectador la fachada de la casa de la ciudad: á la derecha varias casas. Al fondo el valle del Arva, rodeado de elevadas colinas pobladas de árboles. Al horizonte empieza á descubrirse el monte Jura. — Esta plaza pública, llamada la Treille, es una esplanada que debe dominar á bastante altura todo el fondo de la decoracion..*

*Al levantarse el telon aparece la escena llena de una multitud turbulenta. Diríjense todas las miradas hácia la casa de la ciudad, en cuya entrada hay dos alabarderos vestidos con los colores de la república. — Otros dos están guardando un portillo particular, por donde entran y salen los que tienen que evacuar algun negocio en la casa de la ciudad. — A un lado y hacia la derecha se vé una coluna, sobre la cual se hallan inscritas estas palabras: PARA QUE HAYA MURMURADO DE CALVINO. — Los grupos, que se muestran muy agitados, contemplan este poste en actitud amenazadora, burlesca y despidiendo fuertes silbidos.)*

### ESCENA PRIMERA.

ECOLAT, BERTHELIER, ROBERTO COP, HUGO VANDEL, MATEO FELIPE, EL UJIER DEL CONSEJO Y VARIOS PAISANOS.

EL UJIER DEL CONSEJO. (*en pié sobre las gradas*) ; Silencio, señores!

MUCHAS VOCES. ; Abajo los veinte y cinco! — ; Abajo Calvin!

EL UJIER DEL CONSEJO. Silencio, Ginebrinos. — Los miembros del consejo se hallan reunidos.

BERTHELIER. Sí, reunidos como ovejas sujetas á la voluntad de Juan Calvino, el consejero de los consejeros.

ROBERTO COP. Rabelais, que acaba de morir, siempre trataba de farsante y embaucador á ese Juan Calvino de Picardía, que posee con tanta perfeccion el arte de hacer saltar á los carneros.

(*Estallan sendas carcajadas: el ujier se retira.*)

## ESCENA II.

LOS MISMOS, *escepto el ujier.*

BERTHELIER. ¡Vamos; señores, debeis convenir en que hay allí dentro veinte y cinco jueces que se están ocupando en examinar la conducta de los mas grandes criminales! ¡Se acusa á esos *feroces bandidos* de haberse ajustado sobre su jubon uu encaje de Flándes, de haberse divertido con un paso de chacona, ó de una zarabanda, ó de haber bebido un poco mas de lo regular á la salud de la república!

ROBERTO COP. Uno de entre estos, Pedro Ameaux, uno de los principales de la ciudad, se ha atrevido á decir despues de beber, que Calvino hablaba con la nariz!

MATEO FELIPE. Mejor le hubiera valido blasfemar de lo mas sagrado que hay en el mundo. Murmurar de Calvino, es murmurar del hombre que se halla al frente de la república, que todo lo domina y es dueño por tanto de nuestras existencias. ¿No es verdad, Pecolat?

PECOLAT. En efecto, y lo que mas me llena de asombro y de espanto al mismo tiempo, es que este hombre se ha entronizado y desempeña todos los cargos, sin ser nada. Él ni es síndico, ni majistrado, ni consejero, ni juez, ni tan solo hijo de la capital. Es un extranjero, natural de Picardía, de padres desconocidos, ó al menos de oscuro linaje, y de la noche á la mañana se ha presentado aquí entre nosotros, ha empezado á predicar contra el papa, ha causado una revolucion en las ideas y en los espíritus y se ha adquirido un formidable partido de fanáticos, llegados de Francia y de Italia; por todas partes nos rodean sus espías; sus amigos, sus hechuras se han elevado al poder; el consejo de los veinte y cinco, los cuatro síndicos, el capitan general, el Estado entero, todos en fin le están adictos; apenas habla, cuando es al instante obedecido. En cuanto á nosotros, los Mateos Felipes, los Bertheliers, los Robertos Cops, los Hugos Vandels, nosotros los patricios de Ginebra, que no doblegamos ann bastante nuestra cerviz bajo la férula de ese pedante vestido de negro, nos vemos todos los dias insultados, calumniados, escludidos de todos los cargos públicos, perseguidos por uua sola palabra, condenados por un solo jesto, y tal es el inmenso poder de que goza este charlatan, que á su voz se ha levantado ese insolente patíbulo. (*Al pronunciar estas palabras, muestra con el dedo la*

*horca. En este instante, sale el verdugo por el portillo de la casa de la ciudad y sube sobre las gradas.*) Y aun para mejor escarnecernos y vilipendiarnos, se ha concedido tambien derecho de ciudadano á este hombre que veis ahí, en pié sobre las gradas. Este hombre es el verdugo.

(*El ejecutor de la justicia vuelve á entrar en la casa de la ciudad.*)

## ESCENA III.

LOS MISMOS, BONNIVARD, CIGOGNE.

CIGOGNE. (*ha oido las últimas espresiones de Pecolat*) Y bien! Qué tiene eso de extraño?

PECOLAT. Ah! hé aquí á Cigogne, á Cigogne el tabernero de la Rosa-Blanca, á Cigogne el poeta, á Cigogne el bufon!

BONNIVARD (*entre dientes*). A Cigogne el espía.

CIGOGNE (*pasa cerca de Bonnivard para ir á saludar á Pecolat*). Cigogne el espía saluda á Bonnivard el traidor. (*en alta voz á Pecolat*) Parece, señores, que nosotros tenemos la galantería de concedernos recíprocamente nuestros títulos y dignidades. No se haria mejor en la corte de Francia.

PECOLAT. Veamos, ¿qué quieres decirnos?

CIGOGNE. Quiero decirnos que me asombra mucho lo que acabo de oír. Os quejais porqu al verdugo se le ha revestido con el título de ciudadano, tened, pues, entendido que hoy día el verdugo es un personaje de la mayor importancia y que á su lado vosotros que os gloriáis con el nombre de patricios, sois unos seres insignificantes por cierto.

BERTHELIER. ¡Pillo!

ROBERTO COP ¡Bellaco!

MATEO FELIPE. ¡Bribon!

CIGOGNE. Señores, yo como particular soy vuestro servidor, vuestro amigo; pero tomad el trabajo de leer los estatutos criminales redactados bajo los auspicios de ese buen Calvino y podreis enteraros de la muy penosa carga que me imponen. Al que habrá blasfemado — la muerte. Al que habrá combatido la doctrina y las creencias de Calvino, — la muerte. Al que habrá tomado inadvertidamente la mujer de su vecino por la suya, — la muerte. Al que se haya hecho decir la buena ventura una clara de huevo, — la muerte. Hé aquí castigos que hay establecidos para los deli-

e primera clase, para los crímenes horrorosos sin remision. En cuanto á los que juegan á los naipes, que bailan, que cantan ciertas trovas, que llevan los cabellos largos, ó que son demasiado aficionados al vino, para estos, reto, tenemos la picota, las cárceles, los azotes, las tenazas, el fuego, el azufre y la pez arretida.... ¿Y quién es el que nos ahorca, nos arroja á las llamas, nos corta la cabeza, nos rompe los brazos, nos infama, nos marca nos descuartiza con la mayor sangre fria y mas singular paciencia? ¡Es el verdugo, siempre el verdugo! ¡Y aun llevais á mal el que se le haya otorgado el derecho de ciudadano! ¡Ah! señores, eso es la mas negra iniquidad!...

(*Todos se echan á reir.*)

BONNIVARD. Me parece, compañeros, que en vez de reirnos de las impertinencias de ese vino, sacaríamos mejor partido en buscar un medio á los males que nos aflijen.

CIGOGNE. ¡Eh! Y cómo no le encontráis vos, señor de Bonnivard, vos el ardiente patriota, vos el gran ciudadano, vos que desde veinte años gozais la fama de antiguo preso de Chillon!

BONNIVARD. Bien, Cigogne, ya veis que la vida no asoma á mi semblante; eso puede significaros alguna cosa.

CIGOGNE. (*aparte*) ¡Maldito viejo!

PECOLAT. No nos falta, Bonnivard, valor, ni resolución, pero, ¿donde está el que debe dirigirnos? A la verdad si lográsemos tener por jefe á ese fogoso y espiritual enemigo de Calvino, á ese Miguel Servet que acaba de evadirse de los calabozos de Viena, el mas feliz sería coronaría nuestra empresa. Hé aquí el nombre que necesitamos: es cual otro Ariosto, fuerte con la pluma, intrépido con la espada...

BONNIVARD. Y si á ese Miguel Servet le tuvierais ya en vuestras filas, ¿qué hariais?

CIGOGNE. (*aparte*) ¡Bueno!.. Ya se ha metido el diablo de Bonnivard á conspirador.

PECOLAT. ¿Qué haríamos, deciais? Escucha, querido Bonnivard. Calvino no es un hombre, es sí una doctrina, y una idea unida á la vida, no pueden matarse con la espada. Para bien; nosotros no tenemos sino espaldas, contamos tan solo con la fuerza física, con la fuerza bruta, menester es espresarnos en palabras, mientras que Miguel Servet posee alguna fuerza mejor que el acero, esto es, la palabra.

ROBERTO COP. Bah!.. un arma es un argu-

mento como otro cualquiera y, si cabe, mas convincente. Muerto el doctor, muerta la doctrina.

BONNIVARD. Qué! un asesinato!

CIGOGNE (*aparte*). No pasará esto desapercibido.

MATEO FELIPE. Está la pena del talion inscrita en las leyes del Estado. El que mata, debe morir; Calvino ha muerto la república, luego ..

HUGO VANDEL. Cuidado, señores, conviene hablar bajo, cuando esto nos habla tan alto.

(*Señala con el dedo el patíbulo.*)

## ESCENA IV.

LOS MISMOS, JUAN LULLIN.

UNA VOZ. (*á lo lejos*) Hé! Juan Lullin!

UNO DEL PUEBLO. Hé aquí á uno de los veinte y cinco!

OTRO. Pardiez: Es uno de los jueces de Gruet!

EL PRIMERO. Miralo bien; puede que tenga alguna mancha de sangre en sus manos.

EL SEGUNDO. No lo creais, amigo, se las ha lavado ya cual otro Poncio Pilatos.

BERTHELIER. Hola, Juan Lullin! y ¿á donde vais tan aprisa?

JUAN LULLIN. Voy á juzgar á los que se parecen á tí, Berthelien, á los enemigos de Dios, á los impíos, á los libertinos!

PECOLAT. (*á sus compañeros*) Ah! sí, á proposito, ¿sabeis, señores, que Calvino ha bautizado ya definitivamente á nuestros correligionarios, á nuestro partido, llamándoles libertinos? (*todos se echan á reir*) Pues bien, oye tú, confidente de los santos, soy yo quien en nombre de los libertinos te habla y te digo: se halla entre los acusados un hombre que pertenece á nuestro bando; este hombre es Pedro Ameaux, miembro del consejo de los doscientos, desciende tambien como nosotros de los antiguos patricios, y como la nota de infamia que sobre su frente pesaria, recaeria á la vez sobre nosotros, te ordenamos aconsejes á Calvino, que se halla allí dentro para secundar con sus luces y su ingenio á los jueces, que no olvide que nos hallamos nosotros aquí dispuestos á juzgar á los mismos jueces.

MUCHAS VOCES. Bien dicho, Pecolat!.. Viva Pecolat!

(*Se dirige esta multitud hácia el fondo.*)

BONNIVARD. (á Juan Lullin) Ya veis, Juan Lullin, como se hallan ajitados todos los espíritus; si por consiguiente no quiere Calvino al salir del consejo perecer á manos de esa turba desenfrenada, es preciso, es urgente é indispensable que pase cuanto antes un oficio al capitan general, para que mande comparecer aquí algunos de nuestros italianos á quienes nuevamente se ha concedido el derecho de ciudadanos y que elija á los mas valientes y esforzados.

JUAN LULLIN. Voy al instante á prevenir á Calvino.

(*Entra precipitadamente por el portillo Bonnivard quiere alejarse, cuando le coje Cigogne del brazo y vuelve á bajar con él á la escena.*)

CIGOGNE. (*saludándole respetuosamente*) Hay, señor de Bonnivard, un hombre muy apreciado entre los libertinos, de quien se ha observado que una ó dos veces á la semana y hácia el anochecer, se introduce en un callejon desierto, llama á una puerta baja que se halla en el rincon de una pared, atraviesa un jardin, penetra en un gabinete donde escribe Calvino y se pone á conversar familiarmente con el santo pastor.

BONNIVARD. Hay, señor de Cigogne, un hombre que convida á beber á los libertinos y que con su gazmoñería ha sabido captarse su confianza. Este individuo no frecuenta por cierto la casa de Calvino, pero en cambio ha traído de un pueblo á una sobrinita suya y la ha presentado al santo pastor, de quien es al propio tiempo ahijada. Esta señorita va una ó dos veces á la semana á ver á su padrino, con quien habla bastante familiarmente y le refiere además todo lo que pasa en la taberna de la Rosa-Blanca.

CIGOGNE. El hombre que hácia el anochecer se dirige al bufete de Calvino...

BONNIVARD. Soy yo! La jóven que visita á su padrino...

CIGOGNE. Es mi sobrina. — Ya veo que los dos nos conocemos perfectamente.

BONNIVARD. (*saludando*) Señor mio!

CIGOGNE. (*saludando tambien*) ¡Monseñor! (*se separan*) Sí, sí, compadre, burlaos tanto como gustéis; ya encontraré yo medio para hacerlos pagar bien caro mi silencio.

## ESCENA V.

LOS MISMOS, DONATO.

(*Sale Donato del portillo de la casa de la ciudad y va á atravesar la plaza.*)

UNA VOZ. ¡Ah! ¡Hé aquí al discípulo, al íntimo y querido amigo de Juan de Noyon!

DE TODAS PARTES. ¡Donato! Detened á Donato!

OTRA VOZ. ¡El fiel servidor de Calvino, su esclavo!

EL PRIMERO. ¡Su espía!

EL SEGUNDO. ¡Su perro!

DONATO. ¡Insolentes!

ROBERTO COP. ¿A quién vas á entregar ese mensaje que te veo en la mano?

DONATO. A nadie debo dar razon de ello, sino á mi señor.

ROBERTO COP. Y quién es tu señor?

DONATO. El que lo es de todos vosotros.

ROBERTO COP. Vandel, tómale ese pliego y dárselo.

DONATO. (*retirándose un poco*) ¡Ay del que ose tocarme!

BONNIVARD. (*que se halla detrás de Donato*) Es algun oficio para el capitan general?

DONATO Sí!

BONNIVARD. Deja, ya me encargo yo de presentárselo. (*Toma el pliego y desaparece.*)

ROBERTO COP. Y bien! que nadie se mueva de su puesto!... Ese infiel me pertenece, por que le aborrezco y no le puedo sufrir. Dí, Donato, ¿tienes presente todavía á un tal Roberto Cop?

DONATO Sí, bien me acuerdo de un travieso é inmoral jóven que fué condiscípulo mío en la escuela de teología y á quien espulsó Calvino como indigno de leer en la palabra de Dios.

ROBERTO COP. Por vida de! . Pero no, no quiero molestaros y afligiros; solamente quiero deciros que vais á darme ese mensaje á grado ó por fuerza.

DONATO (*con ironía*) Si logras tomármelo no podré negar tu habilidad.

ROBERTO COP. Pues sea así... aguarda, y al instante á registrar tus faltriqueras con punta de mi puñal.

UNO DEL PUEBLO. Sí, sí, perezca el traidor!

MUCHAS VOCES. Muera el traidor! Al a... el bastardo!

DONATO. Miserables!!!

(*Se arrojan todos sobre Donato, cuando*



*epente comparece un hombre que con su baston  
para la multitud.)*

## ESCENA VI.

LOS MISMOS, SERVET.

SERVET. (*va cubierto con un hábito de los  
ermanos suizos que viajaban en aquella época  
or la propagacion de la fé*) Atrás, villanos!  
eclaro que mientras yo viva, ninguno de vo-  
tros se atreverá siquiera á hacer caer un ca-  
ello de su cabeza. Este buen hombre me ha  
ncontrado esta mañana en el camino, en el  
omomento en que iba á entrar en la ciudad, y  
ver mi fatiga, mi cansancio y mis padeci-  
ientos, me ha dado con la mayor generosi-  
d su bolsa, diciéndome: Tomad, es todo lo  
e tengo. Vosotros ahora le amenazais con  
uestros puñales y os mostrais tan valientes  
ntra una sola persona indefensa, pues bien,  
o me acerco á ella y la digo á mi vez: Te  
rezco mi vida; es todo lo que tengo. (*Saca  
u puñal.*)

DONATO. Quien quiera que seais, gracias.

PECOLAT. (*acercándose*) Conozco que sois  
en hombre y eso me gusta. Tu accion es  
igna de recompensa. En cuanto á vos, Dona-  
t, creedme, no os espongais mas á nuestra  
clera.

DONATO. (*á sí mismo*) Oh! estos bandidos  
han llamado bastardo! (*al hermano suizo*)  
¡gracias, repito, á mi salvador! (*á Pecolat*  
*los suyos*) Señores, quiera Dios que se ter-  
minen tantas insolencias. (*Sale por la dere-  
ta.*)

## ESCENA VIII.

PECOLAT, SERVET; *en el fondo la multitud siem-  
pre inquieta y agitada.*

SERVET. (*ha examinado con la magor aten-  
cion á Pecolat mientras estaba hablando y le  
ha conducido delante la escena*) Te llamas tú  
Pecolat?

PECOLAT. En efecto, este es mi nombre.

SERVET. Te acuerdas de Miguel?

PECOLAT. Miguel!...

SERVET. Sí, Miguel de Villanueva.

PECOLAT. Miguel de Villanueva! Ah! sí, sí,  
parece tenerlo presente.

SERVET. Reconoces este puñal?

PECOLAT. Miguel! eres tú!..

SERVET. Soy yo, silencio! Dentro una hora  
te aguardo enfrente la puerta del lago.

PECOLAT. Dentro de una hora!... bien, es-  
taré allí. (*Se separan.*)

(*Abrese la gran puerta de la casa de la ciu-  
dad, comparece el presidente del consejo de los  
veinte y cinco seguido de sus ujieres.*)

EL SINDICO. Silencio, vecinos y habitantes  
de Ginebra. Hé aquí las sentencias y decretos  
que acaban de dar los señores del consejo, au-  
siliados del parecer y dictámen de nuestro muy  
piadoso y respetable Juan Calvino, pastor de  
esta ciudad.

MUCHAS VOCES. Escuchad, silencio, escuchad!

EL SINDICO. (*leyendo*) «Queda prohibido lle-  
var calzones recortados, segun la moda espa-  
ñola, lo mismo que cadenas de oro y de pla-  
ta, adornos en la cabeza, bordados en los ves-  
tidos y mas de dos sortijas en los dedos.»

PECOLAT. (*con ironía*) No son malas disposi-  
ciones por cierto; es mucha la libertad que  
cada dia nos va concediendo el bueno de Cal-  
vino. (*Riense algunos.*)

EL SINDICO. «En virtud de los otros edictos  
ya publicados y por lo que toca á Pedro Ameaux  
vecino de esta ciudad...»

MUCHAS VOCES. La sentencia! la sentencia de  
Pedro Ameaux! oid!... oid!...

EL SINDICO. (*leyendo*) «Por haberse burlado  
y murmurado del muy grande y muy devoto  
Juan Calvino y haber caido en el vergonzoso  
estado de embriaguez: ordenamos que Pedro  
Ameaux será al instante conducido á esta pia-  
za por el verdugo con una cuerda al cuello y  
la cabeza desnuda y que despues de haberse  
arrodillado al pié del catafalco dispuesto á es-  
te efecto, pedirá perdon á Dios y á los hom-  
bres de las palabras que ha proferido relativa-  
mente á la muy honrada persona de dicho se-  
ñor Calvino y dará un público testimonio de  
arrepentimiento y de contricion,»

(*Baja el síndico seguido del verdugo y de sus  
ujieres y entran por el portillo.*)

## ESCENA IX.

LOS MISMOS, despues PEDRO AMEAUX, EL PRESI-  
DENTE, BONNIVARD Y CIGOGNE.

DE TODAS PARTES. Abajo Calvino!... Abajo  
los veinte y cinco..! Al agua Juan de Noyon?..  
Que muera el anticristo!...

PECOLAT. Vos, gran juez de aquí dentro, pagareis bien cara nuestra venganza.

BERTHELIER. *(en alta voz)* Permitirémos que vaya á ejecutarse tamaña iniquidad!

MUCHAS VOCES. No! no! no!!!

BONNIVARD. *(que se presenta acompañado de un gefe)* Cincuenta italianos bien armados bastarán para hacer callar á esos vocingleros.

*(El gefe se retira.)*

CIGOGNE. *(bajo á Bonnivard)* Cuánto os darán por haber llevado este mensaje al capitán general?

BONNIVARD, Diabolo de Cigogne! cuando dejarás de incomodarme?

*(Se ve salir por el portillo un pelotón de alabarderos, y luego despues Pedro Ameaux con una cuerda al cuello; va á colocarse al pie de la argolla. Es conducido por el verdugo y por el presidente.)*

DE TODAS PARTES. Viva Pedro Ameaux!

PEDRO AMEAUX. Ciudadanos de Ginebra! ya veis como son tratados vuestros patricios y señores. Yo, Pedro Ameaux, miembro del consejo de los doscientos é hijo de la república, voy á hincarme de rodillas ante el descendiente de un simple procurador de Picardía.

DE TODAS PARTES. No! no! no! Muera Calvin!

*(Abrense de par en par las grandes puertas de la casa á la ciudad y comparece todo el consejo.)*

## ESCENA X.

LOS MISMOS, EL CONSEJO.

EL SÍNDICO. Pedro Ameaux, te arrepientes?

PEDRO AMEAUX. Sí! me arrepiento de no haber herido á Calvin con mi puñal, en vez de haberle ofendido con mis palabras.

DE TODAS PARTES. Viva Pedro Ameaux!

PECOLAT. Ah! Italianos! *(Desembaina la espada y se observa al mismo tiempo un movimiento en la multitud, empañándose una sorda y rápida lucha.)*

BERTHELIER. Traicion!

TODOS. Traicion!

*(Llega por el fondo una compañía de italianos, la cual espulsa con violencia á todos los revoltosos. Pecolat y sus amigos se recojen en el ángulo de la izquierda, en donde se hallan algo distantes de los esbirros.)*

CIGOGNE. *(bajo á Bonnivard)* Vuestra conducta no puede menos de reportaros el mas grande honor.

PEDRO AMEAUX. Temes acaso tu triunfo, Calvin, cuando te ocultas mientras están trabajando tus esbirros?

EL SÍNDICO. Pedid perdon, Pedro Ameaux, ó sino el verdugo tiene orden de heriros por la espalda.

*(El verdugo echa al suelo á Pedro Ameaux.)*

EL SÍNDICO. *(repitiendo)* Pedro Ameaux, de mandad gracia y perdon.

*(Reina un instante de silencio.)*

PEDRO AMEAUX. *(con un acento de rabia desesperacion)* Gracia! Perdon!!!

BERTHELIER. Oh abatimiento! Oh humillacion!

PECOLAT. Oh patria!

## CUADRO SEGUNDO.

### El hermano suizo.

*Un patio destinado para los concurrentes á la taberna de la Rosa-Blanca. La casa se halla situada á la derecha del espectador y se llega á ella por cuatro gradas; á la izquierda un emparrado; al fondo una pared en medio de la cual halla una puerta, y por último á lo lejos se descubre la ciudad.*

### ESCENA PRIMERA.

MARIA sola.

*(Está mirándose en una cuba.)*

¡Vaya una miserable cuba! Hé aquí el único espejo en que se me permite mirarme. ¡Qué chasco me he llevado, yo que me figuraba que al llegar á la ciudad se me daría

osento magníficamente adornado y en el  
e nada faltase! Pero en fin, paciencia!... Y  
n si llegaba mi padrino á sospechar que pa-  
vestirme y componerme tiene que servirme  
espejo una cuba llena de agua, empezaria  
echarme sermones y mas sermones y á fasti-  
irme completamente. — Y pensando en otra  
sa, qué feo es mi protector! y sin embar-  
se le tiene por un gran hombre... (*Mien-  
tus está hablando, va arreglando las mesas  
y las botellas.*) No por cierto, nó! no qui-  
sra yo á un gran hombre por marido!—Ade-  
ns, yo no sé, ese señor Calvino, que dicen  
michos ser tan malo, tan perverso, siempre  
rie conmigo cuando le cuento historias... No  
tengo mas que narrarle una aventura, un he-  
co cualquiera para ponerle de buen humor!..

## ESCENA II.

MARIA, CIGOGNE.

CIGOGNE (*entrando*). ¡Hola! Maria, siem-  
pa os encuentro trabajando.

MARIA. Ah! sois vos, tio!.. ¿Sabeis que ten-  
go que quejarme de vos? Dejarme así sola en  
esta taberna, la que ninguna persona frecuen-  
ta durante el dia!.. Y además corriendo ries-  
go de ser sorprendida por esa puerta de aqui  
de atrás!..

CIGOGNE. Bah! es una puerta que dá al la-  
do. No creo yo que por allí vengán á robarte.

MARIA. Quereis decir que es muy difícil se-  
guirte nadie por el lago; pues á mi entender  
no es. Demasiado sabeis que la otra tarde  
cuando compareció aquí el señor Calvino, fuí yo  
quien le acompañé, dirigiendo al propio tiem-  
po la góndola.

CIGOGNE. Escuchad, María, vos, como todas  
las personas de vuestro sexo, sois muy propen-  
das á hablar y á comunicar á los demás todos  
vuestros secretos y pensamientos, y esta fla-  
ndia, que así puede llamarse, la poseeis en  
grado eminente. En su consecuencia, os ad-  
vierto que os guardéis bien de decir á nadie  
de lo que os habla el señor Calvino, ni tam-  
poco que venga á verme algunas veces, pues  
de lo contrario me veria precisado á separaros  
de todo y volveros á enviar á vuestras mon-  
tañas con vuestras vacas y vuestros carneros.

MARIA. Si, por lo que aquí me divierte!

CIGOGNE. Como! qué?

MARIA. Sí, sí, en mi aldea bailaba todas las

tardes bajo el tilo de la iglesia y tenia hermo-  
sos vestidos para poder lucir los domingos,  
mientras que en la ciudad ni hay tilo, ni can-  
ciones, ni bailes: aquí no oigo otra cosa que  
edictos. — Malditos edictos! Quiero ponerme  
mi sobretodo de terciopelo azul,—un edicto lo  
prohíbe! Quiero pasar por debajo de mi toca  
un bucle de mis cabellos,—un edicto lo pro-  
híbe! Quiero cantar las cuitas del bello Ama-  
dis, --- no puede ser; entonad en su lugar  
vuestros salmos, recitad vuestro catecismo, todo  
siempre á causa de los edictos.

CIGOGNE. Entonces, ya que el temor de ser  
enviada otra vez á disfrutar de vuestros placeres  
campestres, ninguna influencia ejerce sobre  
vuestra discrecion, debo añadir que me veré  
en la dura y triste necesidad de abandonaros á  
todo el furor y á toda la cólera del espiritual  
Calvino.

MARIA. Pues tambien andais en esto equivo-  
cado.... Él!... él infundirme el mas mínimo  
terror!.. Oh! conozco bien su carácter... Al  
primer momento, cuando recibe una impresion  
que le desagrade, ó bien se le incomoda, se  
alborota, grita, es una verdadera tempestad..  
pero á mí, me espanta muy poco. — Le cuento  
alguna historia; «Padrino mio, le digo, apro-  
pósito, no sabeis... el otro dia Pedro Ameaux  
dijo en la taberna que cuando predicabais, ha-  
blabais con la nariz. (*Lo imita*) «Amados her-  
manos, que la paz esté con vosotros y con vues-  
tras familias.» (*Rie.*) ¡Ay Dios mio! y qué bien  
le escarnecía! ah! ah! ah!.. Al escucharme el  
digno pastor, no puede menos que reirse tam-  
bien y todavia mas fuerte que yo; así le tengo  
alegre todo el dia. Y al acercarse la noche,  
cuando me retiro: «Maria, me dice, vuestro  
tio me ha pedido licencia para establecer una  
especie de cantina en el patio del castillo de  
Lille, á donde los presos puedan acudir á beber,  
puedes comunicarle que queda ya autorizado  
para ello.» Con eso podeis ver que no es mi  
padrino tan malo como quieren suponer.

CIGOGNE. (*ap.* ¡Y cómo se explica! (*A Ma-  
ria.*) vamos! menester es que eche mano de  
otros medios. Hablad, señorita, tanto como  
gusteis en casa de vuestro padrino, enteradle  
de todo, explicadle cuentecillos, hacedle reir,  
burlaos de él, todo os lo permito; pero aqui  
nó, ni una sola palabra, quiero permanezcáis  
muda! y cuidado! así lo mando, y en el ins-  
tante mismo en que me desobedezcáis, os en-  
cierro y no ireis mas á casa de Calvino, lo

que significa, si no me engaño, que no vereis mas á vuestra madrina...

MARIA. ¡ Mi madrina! mi buena madrina!...

CIGOGNE. ¡ Ah! ah! parece que va seria la cosa, eh?

MARIA. Bueno, señor, bueno: si así lo ordenais callaré.

CIGOGNE. Me parece oigo ruido... (*se asoma á la puerta.*) Una litera!... ¡ Ah! no me engaño... es .. (*vuelve á bajar la escena.*) Cuando se habla de ciertas personas... Vuestra madrina!

MARIA. ¡ Mi madrina! Vuelo á su encuentro.

CIGOGNE. A la verdad que poco contaba yo ahora con esta visita!... Pero, ¡ qué imprudencia!... si la ven aquí, estoy perdido...

### ESCENA III.

MARIA, IDELETA, CIGOGNE.

IDELETA. Buenos dias, Maria, buenos dias amigo.

CIGOGNE. Señora, qué feliz casualidad!

IDELETA. (*sonriendo*). No me aguardabais, eh?

CIGOGNE. En efecto, señora, es la primera vez que me haceis semejante honor.

MARIA. ¿ Acaso, venís á buscarme, madrina?

IDELETA. Sin duda, hija mia, y si consiente en ello vuestro tio...

CIGOGNE. ¡ Cómo pues! Ya sabeis que Maria está siempre á vuestras órdenes, y á fé que hoy viene esto perfectamente. Pecolat da esa noche una gran fiesta, y soy yo su *factotum*. Así mañana podreis devolverme á Maria.

(*Cigogne inquieto va á vigilar la puerta.*)

MARIA. ¡ Bien! hasta mañana, voy á pasar! todas estas horas á vuestro lado, cerca de vos. ¡ Qué dicha! ¡ Ah! voy á ponerme el vestido nuevo... (*Da algunos pasos y vuelve.*) ¡ Oh! ¡ Dios mio! y que hermoso es mi vestido nuevo.... pero, es lo malo que no podré ir á saludar á mi padrino...

IDELETA. Porqué no, hija mia!

MARIA. Y los edictos?

IDELETA. ¿ Qué dices, los edictos?

MARIA. ¡ Ah! vos, madrina, no pensais en ellos, porque poco os afectan... Como vais siempre vestida de negro...

IDELETA (*grave y triste.*) Hija mia! antes de llevar el nombre de Calvino, me llamaba Ideleta de Bures, y en aquel entonces perdí á uno á quien amaba mucho... mucho... mas que mi

vida... Desde ese fatal dia he usado este traño negro.

MARIA. ¡ Pobre madrina!,... Corro á vestirme y si entre tanto gustais subir á mi aposento, enseñaré una magnífica valona que he bordado para mi padrino.

IDELETA. Y que quieres regalarle, eh?

MARIA. Sí, porque pronto es el santo de n... y quisiera que ese dia me permitiese n... padrino bailar un poco.

IDELETA, (*sonriendo*). Con mucho gusto me encargo de este gran asunto... pero debo prevenir que no gozo de mucha influencia cerca de Calvino.

MARIA. ¡ Oh! poco importa, ya la tengo yo permaneced tranquila...

IDELETA. Vamos, te vienes?

MARIA. Vuelvo al instante, madrina. (*Entro dentro.*)

### ESCENA IV.

CIGOGNE, IDELETA.

CIGOGNE. Es menester, señora, que os hablo con franqueza. Es de la mayor importancia que las personas que frecuentan esta taberna ignoren mis relaciones con el señor Calvino por lo tanto ya comprendereis... vuestra presencia en este lugar puede ser perjudicial... podeis ser reconocida... Pensad que esta noche estará este patio lleno de los mas encarnizados enemigos de vuestro esposo.

IDELETA. ¿ Calvino tiene pues... muchos contrarios?

CIGOGNE. Yo lo creo y demasiado que los oireis oido gritar esta mañana.

IDELETA. Sí, en efecto. Cuando Calvino ha dejado, he observado que tenia el rostro mas sombrío que de costumbre... Acompañame Donato, á quien todos detestan y alaban, entonces la inquietud se ha apoderado de mí... no he podido resistir al deseo de lo que pasaba y no sabiendo qué pretesto alegar, me he dirigido aquí. Por lo demás, es verdad... he oido gritos de muerte!

CIGOGNE. ¡ Oh! pero tranquilizaos... mañana al rayar el alba abordará aquí, detras de casa, una barca cargada de mosquetes y de pólvora... Nada temais, os repito, y podeis ir á vuestro marido que cumplo fielmente sus encargos y que le soy del todo adicto. (*Aparte.*) Eso no puede perjudicar... (*Aparte.*)

ero silencio... me parece... sí... alguien se acerca... Señora!...

IDELETA. Me retiro.

CIGOGNE. Y sobre todo bajaos el velo cuando salgais. (*Sube la escena.*)

IDELETA. (*A si misma.*) ¡Infame!... Y envuelve á Donato en ese torbellino de ódio...

Pobre Donato! (*Entra en la casa.*)

## ESCENA V.

SERVET, disfrazado siempre con el hábito de hermano suizo, PECOLAT, CIGOGNE.

PECOLAT. ¿Cigogne?

CIGOGNE. ¿Monseñor?

PECOLAT. ¿Nadie viene por aquí á estas horas?

CIGOGNE. Nadie por lo regular: vuestros amigos no frecuentan esta taberna, sino hasta entrada la noche.

PECOLAT. Dános vino y mientras estaremos conversando con este hermano, ponte de pie en la calle y corre á prevenirme si alguien se acerca. (*Siéntanse el hermano y Pecolat juntos á la mesa colocada en la izquierda.*)

CIGOGNE. (*aparte.*) ¡Vaya un contratiempo! ¡Qué compromiso, si llega á ser descubierta!..... Sin embargo, mientras se acuerde bajar su velo!

PECOLAT. ¡Y bien!

CIGOGNE. Ahí teneis, monseñor, lo que me pediais. (*Dále vino y vasos.*) A propósito, ¿la mesa tendrá lugar esta noche?

PECOLAT. ¡Vaya! Y quiero que sea magnífica y espléndida; nada faltará; tendremos música y baile. Será el dios de la fiesta Pedro deaux, y su frente que ahora mismo acaba de marcar de infamia el verdugo, se levantará esta noche radiante y coronada de arrayanes. Decidme, Cigogne, ¿sabeis vos algo de esto?

CIGOGNE. ¿De qué, monseñor?

PECOLAT. De las palabras por las que tan osadamente le han condenado: ¿sabeis en qué forma las profirió?

CIGOGNE. (*Aparte.*) ¡Ay!... (*A Pecolat.*) Lo siento... completamente...

PECOLAT. Aquí mismo... hace unos ocho dias, en medio de veinte de nuestros compañeros... estabas allí y nos dabas de beber, cuando me quitas tu linda sobrinita por nuestras grandes necesidades, me parece la estoy viendo aun, se acerca hasta el umbral de la puerta.

CIGOGNE. No cabe ninguna duda, señor, habia allí dos espías...

PECOLAT. ¿Cómo?

CIGOGNE. Ciertamente, puesto que está probado que hoy dia, gracias á la policía secreta de los veinte y cinco, hay en Ginebra un delator por cada diez ciudadanos. Es así que vosotros erais en número de veinte, luego...

PECOLAT. Basta! (*Sacude tristemente la cabeza.*) Acaso tengais razon! Pero dejemos esto...

CIGOGNE (*aparte.*) Me libré de buena. (*Salte por el fondo.*)

## ESCENA VI.

SERVET, PECOLAT.

(*Servet se descubre un poco y deja ver un traje rico y serio.*)

PECOLAT. Es el caso, Miguel de Villanueva, segun acaban de decirme, que te ves perseguido vivamente por Calvino, quien ha jurado hacerte ahorcar; le creo muy capaz de ejecutarlo, pero al mismo tiempo no puedo comprender como un jentilhombre de tu clase llegue hasta el extremo de temer á un pedante que nada entiende, al menos así lo creo, en manejar la espada y cuyo talento se reduce á garabatear en latin y condenar al suplicio á todos cuantos se le antoja.

SERVET. ¿Te acuerdas, Pecolat, de una aventura en la que ibas á perder la vida, hace ya diez y ocho años, en Strasburgo, despues de anochecer?

PECOLAT. ¡Sí, bien lo tengo presente! Era cuando mi embajada cerca del rey Francisco I, quien nos habia prometido tropas contra el duque Carlos. A mí se me dió orden de pasar á Strasburgo para ver al jacobino Bucer. Yo era entonces muy jóven! trabé amistad con la esposa del senescal, y mis asuntos iban tomando un sesgo favorable, cuando una noche, al revolver una esquina, me ví brúscamente acometido por seis hombres, quienes hubieran puesto fin á mis amores, sin el auxilio de un desconocido que me salvó de tan triste situacion, deshaciéndome de aquellos bandidos. ¡Vaya un valiente! En menos de un minuto no quedaron de aquellos seis esbirros mas que dos, bien estropeados por cierto, quienes huyeron á favor de la sombra. Me dirigí luego hácia mi libertador, ¿vuestro nombre? le pregunté.

Miguel de Villanueva, me contestó, natural de Tudela, en España. Pues bien, Miguel de Villanueva, le dije, toma ese puñal, en el que está grabado mi nombre, y si algun día tienes necesidad de mi corazón, ó de mi vida, acuérdate del juramento que, en este mismo instante, tomando al cielo por testigo, te hago, de defenderte como tú me has defendido, de salvarte como tú me has salvado. Después de un tierno adiós nos separamos, Ahora te doy gracias por no haber olvidado ni mi juramento, ni mi nombre. (*Se estrechan la mano.*)

SERVET. Todavía una pregunta! Pecolat.

PECOLAT. Habla, te escucho.

SERVET. ¿Has oído por casualidad pronunciar alguna vez el nombre de una persona que goza bastante fama en el mundo, gracias á la manera particular con que persigue con sus sátiras á vuestro Juan Calvino, natural de Picardía? No ha mucho que este hombre, célebre ya por sus escritos, ha tenido el honor de ser encerrado en la torre de Viena; acusado por el mismo Calvino, y creo iba á pagar con su cabeza los gastos del proceso, cuando ha tenido el talento de abrirse paso y evadirse de la cárcel.

PECOLAT. ¡Calla! lo que me cuentas, no es otra cosa que la historia de Servet, de Miguel Servet! Y bien, ¿que quieres decir con ello?

SERVEV. La conclusion de todo esto es, que el gentilhomme que te salvó la vida en las calles de Strasburgo, es el mismo temerario escritor que acaba de salvar la suya escapándose de su prision. (*Levántanse los dos.*)

PECOLAT. ¡Servet!

SERVET. Este es mi nombre: no tengo otro.

PECOLAT. ¡Qué! Eres tú ese hombre, cuyo espíritu y cuyas luces y talento nos admiran, á quien se llama iutrépido y aventurero? ¿Eres tú ese Miguel Servet que ha sostenido discusiones contra la Sorbona, contra Zwingle y cuyo solo nombre llena de terror á Calvino? ¡Y quieres ahora partir y has pedido una barca para atravesar el lago, para huir, cuando aquí, en Ginebra, treinta familias patricias no están aguardando otra cosa que un jefe y una bandera!

SERVET. Sí, quiero partir, es necesario hacerlo... He recorrido ya toda la Alemania, toda la Suiza, toda la Francia... me falta recorrer aun la Italia desde la Lombardía hasta la Calabria. Si en ese viaje no encuentro tampoco lo que deseo, no sé, quizá atravesaré los mares.

PECOLAT. Y bien, ¿qué es lo que buscas así, de esta manera, en el mundo entero?

SERVET. Una mujer y un niño.

PECOLAT. ¿Una mujer... un niño?

SERVET. Escucha. Tenia veinte años apenas, cuando me batí en Alemania en defensa de Carlstad y Munzer; me hallé en esa gran batalla de Franckausen, en la que Munzer, el terrible anabaptista, dió su último grito de guerra. Quedó este vencido y sus bandos se dispersaron por todos los caminos de Alemania. Cubierto estaba el pais de familias errantes, perseguidas por la espada de los vencedores. Una mujer, una jóven, quiero decir, huía sola, separada de los suyos, estenuada de fatiga y cansancio y llena de terror. Amparéla, toméla bajo mi proteccion, y los dos juntos fuimos divagando por espacio de muchos meses atravesando bosques y desiertos. Llegamos en fin á Strasburgo, en donde logramos ocultarnos. Esa pobre criatura, hermosa y resignada como una santa, sin patria, sin hogar no pudo menos de despertar todas mis simpatías, sí, porque ella me amaba, y yo la amaba tambien... Nos unimos segun la fé de los anabaptistas, es decir, sin sacerdote y delante de Dios. Fué, pues, mi esposa y la di el nombre de los Bures, que es el de mi familia, porque segun la fé de Munzer, dos palabras juradas ligan para siempre dos almas y dos corazones. Se llamó por tanto Ideleta de Bures, conde de Villanueva.

PECOLAT. Pero en aquella época, se perseguía todavía con encarnizado furor á los antiguos sectarios de Munzer.

SERVET. Si, en aquella época se nos descubriese se apoderaban de nosotros, se nos juzgaba, se nos quemaba, todo en menos de veinte y cuatro horas. Sucedió, pues, que fuí descubierta...

PECOLAT. ¡Cielos!

SERVET. Era necesario huir... pero Ideleta iba á ser madre y no tuve suficiente valor para hacerla seguir mi destino. Partí solo, y durante largos meses y años, anduve errante por las Ardenas, acosado de soledad en soledad, perseguido... continuamente por mis viles infames enemigos.—Un dia entregóme una carta un buhonero de la Lorena, la que está concebida en estos términos: «Un anabaptista acaba de ser quemado públicamente en Basilea bajo el nombre de Miguel de Villanueva; consiguiente vos podeis vivir aun, si tomáis c

bellido.» Concluía este escrito con amenazas de muerte, si llegaba á descubrir este misterio. Entónces díme á conocer bajo el nombre supuesto de Servet y fuí corriendo á Strasburgo con la esperanza de volver á encontrar á Ideleta... Llego allí, busco, pido, me proporciono informes, nada! Ideleta no era conocida por nadie!

PECOLAT. ¿Y despues?

SERVET. Luego despues fuí recorriendo una por una todas las provincias de Francia y Alemania. Nada, siempre nada. Entónces, á fin de traerme, quise profundizar todos los arcanos de la ciencia, pero nó con la serenidad de un espíritu tranquilo, sino con la agitacion de cólera y del dolor que me hizo buscar la verdad ha mas bien que la verdad. ¡Oh! sí, la luz! Erame necesario un ódio, una víctima, y me fijé á Calvino. Jamás nos hemos visto, jamás nos hemos hablado, pero yo no sé, le aborrecí como de muerte, sí, le detesto, porque en la época de las persecuciones, él se hallaba en Strasburgo y fué sin duda uno de mis inquisidores. ¡Cosa estraña! un secreto pesar me devoraba; siento un irresistible deseo de ver á ese hombre. En el momento de escalar las paredes de mi prision, le he escrito que me evadia, que me permitiese un salvo conducto, que me presentase en Ginebra y que allí frente á frente encontráramos nuestras fuerzas. Ninguna contestacion he recibido, si bien que en vez de pasar á Ginebra para desafiar á ese infame, he venido aquí á pedir una barquilla y á proporcionar los medios para dirijirme en seguida á Italia.

PECOLAT. ¡Insensato! Quédate con nosotros. ¿Quieres ver á Calvino frente á frente, has dicho? pues bien, nosotros te lo enseñaremos. ¡Fué de cerca! y de cerca!

SERVET. ¡Nó! no puede ser! Tengo una idea, un pensamiento fijo, y esta idea, este pensamiento me impulsan á partir para Italia.

PECOLAT. ¡Siempre esa mujer! Y si no es sino un fantasma que se presenta en tus sueños, si no ecsistiera ya?

SERVET. ¡Muerta!... (*Aparentando el mas profundo dolor.*) Es imposible... En el mismo instante en que hubiera exhalado su postrer aliento, hubiera oido en las tinieblas una voz, que me hubiera oido desde su tumba un sollozo amargo, cuyo corazón se hubiera estremecido... ¡Nó, no! ¡aun!...

## ESCENA VII.

PECOLAT, SERVET, MARIA, IDELETA.

MARIA. (*dentro de la casa.*) Tio, tio! (*Abre la puerta.*) ¿Adonde, pues, habrá ido mi tio?

PECOLAT. (*Acercándose á Maria.*) Estará sin duda por aquí cerca, en la calle.

MARIA. ¡Gracias, Pecolat! (*A Ideleta que sale de la casa.*) ¡Señora! vuestro velo! (*Abre la puerta de la calle.*) Tio, haced avanzar la litera... (*Ideleta y Maria se alejan y desaparecen.—Es preciso advertir que ántes de bajarse el velo Ideleta, Servet ha hecho un movimiento muy marcado de sorpresa.*)

## ESCENA VIII.

PECOLAT, SERVET.

SERVET. (*que ha seguido á Ideleta con la vista.*) Pecolat, ¿has visto el rostro de esa mujer antes de que se bajara el velo?

PECOLAT. No solamente la he visto, sino que la he reconocido, y será preciso que Cigogne me diga...

SERVET. ¿Su nombre? ¿Cuál es su nombre?

PECOLAT. Lleva el de su ilustre esposo.—Calvino.

SERVET. (*con desesperacion.*) ¡Calvino!

PECOLAT. Una santa persona, segun dicen.

SERVET. ¡Calvino!

PECOLAT. ¡Y bien! ¿Qué es lo que te sucede? ¿Porqué esa agitacion, ese pasmo?

SERVET. Pecolat, ya no parto: desde este instante mismo soy de los vuestros, voy á tomar parte en vuestras empresas, y mi acero, mis palabras y mi alma todo os pertenece.

PECOLAT. ¡Qué! ¿Te quedas!

SERVET. Sí, me quedo y correrá sangre... entiendes... correrá sangre, porque esa mujer...

PECOLAT. ¡Esa mujer!...

SERVET. Esa mujer... es Ideleta de Bures!! (*Parte precipitadamente.—Le sigue Pecolat.*)

## CUADRO TERCERO.

### El arresto.

*En casa de Calvino. — Habitación principal de su casa. — Chimenea á la izquierda. — Entre la chimenea y el fondo una puertecita que conduce al despacho de Calvino. — En frente y en primer término, otra puerta oculta por un tapiz. — Esta puerta conduce al aposento de Ideleta. — En el fondo una gran puerta de dos hojas. — Una mesa á la izquierda cerca de la chimenea y encima todo lo necesario para escribir.*

#### ESCENA PRIMERA.

IDELETA, DONATO.

DONATO. Así que ha vuelto, ha preguntado por vos, pero se le ha dicho que habiais salido en vuestra litera para ir á casa de Cigogne, cosa que ha parecido contrariarle.

IDELETA, (*sentada junto á la mesa.*) Y dónde está ahora?

DONATO. Allí, en su despacho, donde trabaja hace ya una hora sin que el menor ruido haya indicado su presencia, aunque bien pudiera ser que por su gabinete hubiera bajado al jardín saliéndose á la calle. No me atrevo á ir á verle.

IDELETA, (*levantándose.*) Ha habido conmoción en la ciudad, nó es cierto?

DONATO. Oh! nada, casi nada... cosas que no merecen la pena.

IDELETA. Ha habido gritos, te digo, gritos de muerte.

DONATO. Oh! nada temais, señora; aguardamos armas que nos envia el bailío de Luzana y por otra parte el Dios que guia á mi señor..

IDELETA. Eh! Y á mí que se me importa de tu señor!

DONATO. Señora, por piedad...

IDELETA. Es que, ves tú, yo he salido, he querido verlo todo, oirlo todo, y Dios me salve! pero si esa multitud que se agrupaba en las calles, hubiera tenido armas, si en medio de sus semblantes enfurecidos y ante el filo de sus espadas hubiera visto moverse un jóven y este jóven hubieses sido tú, Donato, me hubiera arrojado de mi litera, hubiera corrido, te hubiera estrechado entre mis brazos y hubiera exclamado: salvad al hijo ó matad antes á la madre!

DONATO. Oh! callaos, callaos por piedad pudieran oiros.

IDELETA, (*sentándose en un sitial de la derecha.*) Ay de mí! Soy una criatura cobarde y egoista. Porque he permitido que subiera hasta mis labios ese secreto, ese secreto en vuelto con el luto de mi corazón y oculto con el fúnebre velo de mi pasado! Porqué te habrias partido, te habrias alejado de esta casa funesta...

DONATO. Por Dios no habéis así, madre mía no os entristezca la revelación que me hicisteis el día en que quise abandonar esta morada. Nada mas sabia entonces sino que unos viajeros por la fé que iban á Strasburgo, habian presentado al señor Calvino, le habian pedido hospitalidad por una noche habian desaparecido á la mañana siguiente abandonando en los umbrales de su huesped un niño que el señor Calvino, cediendo á nuestros ruegos, recojió y educó... Este niño soy yo. Qué mucho pues? ignoraba la verdad, octava como estaba bajo tan sublime engaño anhelaba de todo corazón el día en que, fuera por el trabajo, pudiera sacudir la carga de la limosna y...

IDELETA. Y quisiste partir, y quisiste ir á otro país para ganar el pan que recibías aquí con pesadumbre... Ingrato! No comprendías mis lágrimas, no comprendías el sentimiento divino de mi amor... y fué preciso decir todo, fué preciso decirte que eras el hijo de Villanueva, el mártir, y de qué manera, tenerte junto á mí, para envolverte con ternura, para velar sobre tus días, logré ganar á Calvino, á Calvino el escrutador de las conciencias, á Calvino, cuya mirada per-



lo mas profundo de los corazones.

DONATO. Mas bajo... mas bajo, madre mia! olvideis que está allí... Oh! sí, por cierto, me quedé, porque cuando me dijisteis: *soy madre!* sentí que se transformaba mi ser. Y no mas orgullo, ya no mas altivez; me enervé gustoso bajo la pesada mano de un dueño inflexible; fuí humilde, sumiso, y yo que meditaba la fuga, ya no tuve mas que un deseo: el de conservar un sitio, por humillante que fuera, en la morada de Calvino.. Se me llama servidor, su lacayo, su esclavo! Sí, quiero serlo, porque si es verdad que obedezco á este señor absoluto, es para poder algunas veces, como sucede en este instante, cuando están cerradas las puertas, cuando nadie puede llamarme, arrodillarme y deciros: Madre, madre mia, bendecidme.

IDELETA (*estrechándole en sus brazos.*). Donato, hijo mio!... pero silencio! he oido pa-

DONATO. Él es... Se abre la puerta... Aquí

## ESCENA II.

CALVINO, DONATO. IDELETA *sentada.*

(*Calvino aparece muy pálido y andando con dificultad. Se adelanta sin ver á Ideleta hasta que se cae en el proscenio.*)

CALVINO. (*Hablando consigo mismo.*) La libertad! este es su grito. La libertad!... cosa tan truosa é impía. ¿Acaso el lobo que ahulla en las nieblas, tiene el poder de rujir como un viento? ¿Tiene libertad el gorrion para seguir al viento hasta el mismo seno de las nubes? La libertad! palabra inicua é irrisoria... (*Se sienta y deja escapar un gemido de dolor.*) Oh! sufro mucho! (*A Donato.*) Lo ves, Donato, cuanto mas pienso en ello, mas me convence de que ese instinto de libertad fué envenenado en el corazon del hombre por el imperio. Y ¿qué es la libertad? La sublevacion contra el fuerte, la usurpacion que destruye el maldito del dominio del justo. Ahora, ¿quién ha creado los justos y los fuertes, los dioses? Claro está por consiguiente que la sublevacion contra el orden establecido, es una sublevacion centra Dios. Está decidido, daré á los libertinos. Donato?

DONATO. Monseñor?

CALVINO. Os suplico que me leais la última

carta de Renée de Francia, nuestra muy amada duquesa de Ferrara. (*Reparando en Ideleta.*) ¿Sois vos, señora? Es muy estraño que siempre que teneis que salir, sea casualmente los dias que se me insulta públicamente y por las calles.

IDELETA. (*Con frialdad.*) Esto será tal vez porque se os insulta todos los dias.

CALVINO. Razon teneis, señora, y mis enemigos responderán ante Dios del ódio que amasan en mi corazon.—Leed, Donato.

DONATO. (*Leyendo.*) « Señor Calvino, no he « olvidado por cierto lo que me escribisteis de « que David aborreció mortalmente á los ene- « migos de Dios, y la prueba de que no pienso « contravenir á esto, es que si yo supiera que el « difunto rey mi padre, y la reina difunta, y « mi señor marido y todos mis hijos fueran re- « probados de Dios, les aborreceria mortalmente « y les desearia las penas del infierno.»

CALVINO. Ya lo oís, Ideleta; los enemigos de Dios merecen ser aborrecidos, y es preciso detestar hasta su memoria.

IDELETA. Yo no sé tanto como la señora Renée de Francia, yo no soy mas que una pobre mujer, y por esto digo: Paz á los que descansan en la tumba.

DONATO. Concluye la señora duquesa preguntándoos lo que debe contestar al señor duque de Guisa, su yerno, que acusa á la nueva doctrina de impeler al libertinaje los espíritus, y á la sublevacion los pueblos.

CALVINO. (*Levantándose.*) El señor duque de Guisa miente. Donato, vos conocéis mis ideas acerca de este punto y podeis preparar la contestacion á la duquesa de Ferrara. Esto es muy grave. Yo no he venido á establecer la libertad, he venido por el contrario á establecer el orden por medio de la autoridad. Decidle que los reyes y los príncipes pueden sostener mi causa sin peligro, decídselo, importa que lo sepa. Bien pronto se verá como ahogo yo las sublevaciones. (*A si mismo.*) Ginebra es el pedestal sobre el cual quiero elevarme y mostrarme al mundo, y ya me guardaré yo que este pedestal no vacile demasiado bajo mis pies. (*Se acerca á Ideleta y la habla de manera que no pueda ser oido de Donato.*) Siempre vestida de luto? Diez y seis años hace ya, señora, que me haceis la injuria, estando yo vivo, de llorar á un muerto, y siendo mujer casada de llevar el traje de las viudas. ¿Cuándo terminará esto?

IDELETA. Soy vuestra mujer en virtud de las

leyes humanas y las leyes humanas son de este mundo que tiene por límite la tumba; pero entre Miguel y yo solo Dios fué testigo, solo Dios estuvo presente, y lo que ha unido el eterno no lo rompe la muerte.

CALVINO. (*Aparte.*) Ignora que aquel á quien llora, ha resucitado bajo el infame nombre de Servet... Servet! (*A Donato.*) Donato, tengo que dictaros una carta.

IDELETA. Me retiro pues.

CALVINO. Al contrario, señora, quedaos. Escribid, Donato. «Al señor Farel, cura de la «iglesia de Neuchatel:— Mi querido hermano «y amigo, me hariais un obsequio en averi- «guar si el llamado Servet, que desgraciada- «mente se ha fugado de las cárceles de Viena «donde estaba preso por sus blasfemias y he- «rejías, se ha refugiado en territorio de los «señores de Berne»... (*A Ideleta.*) Creo que habeis ido esta mañana á casa de Cigogne?

IDELETA. Sí, para buscar á Maria que ha venido conmigo y que está en mi aposento donde espera vuestro beneplácito para hablaros.

CALVINO. Dentro poco. (*Yendo á buscar un sitial colocado en el fondo.*)

DONATO, (*repitiendo.*) De los señores de Berne...

CALVINO. (*Sentándose no léjos de Ideleta.*) «Tengo en Ginebra buenos corredores de ca- «lle, hábiles espías que maravillosamente si- «guen la pista y dan con el lobo.» (*A Ideleta.*) Os suplico, señora, que de aquí en adelante no os arriesgueis á ir á casa de Cigogne, hombre honrado, lo sé, pero que recibe muchas personas, alguna de las cuales pudiera reconocer. (*A Donato.*) «Si el tal Servet se atreve «á presentarse en nuestra ciudad, no tardará «en ser descubierto, y entonces, Dios haya «piedad de su alma! (*A Ideleta.*) ¿Habeis vos oido hablar de ese hereje?

IDELETA. Unicamente sé que ha escrito contra vos y que goza de gran celebridad.

CALVINO. (*A Donato.*) «Tuvo, no hace mu- «cho tiempo, la temeridad de escribirme di- «ciéndome que saldría de su calabozo y que al «hallarse libre vendría á Ginebra, si yo le da- «ba un salvo conducto, donde discutiría y ar- «güiria publicamente contra mí... Ya conoce- «reis que no contesté por no comprometer mi «palabra, pues (*con fuerza*) si viene á Gine- «bra este servidor del demonio, y si es aten- «dida mi autoridad, lo juro, no saldrá vivo de «ella.»

IDELETA. (*Levantándose.*) Siempre suplico Andaos con cuidado; mirad que hay ya muchas manchas de sangre en los anales de ciudad.

CALVINO. No soy yo quien hiera, es Dios: soy la espada, él es la mano. (*A Donato.*) Dadme y firmaré. (*Donato le presenta la carta por cuyo contenido arroja una mirada.*) Acordaos, Donato, que cuando yo dicto y caigo el acento sobre ciertas palabras, es preciso subrayarlas con tinta encarnada. Así llama mas atención. Era preciso pasar una raya colorada por debajo de estas palabras: *no saldrá vivo de ella.* (*Se levanta y se dirige hácia la mesa donde cierra la carta despues de haberla firmado.*)

DONATO. (*Bajo á Ideleta.*) No he tenido valor.

IDELETA. Gracias, Donato. (*Tendiéndole la mano.*)

CALVINO. (*A Donato ap.*) Véte á casa de Cigogne y entrégale esta carta. Tiene mensaje fieles. Que no se te olvide preguntarle si mañana que debe llegar el esquife que agudo y cual es la hora en que debo ir á su casa para presidir el desembarque. Anda, y tráeme la respuesta. (*Donato se aleja.*) Por lo que vos toca, señora, entrad y decidle á vuestra ahijada que puede ya venir. He trabajado bastante. (*Ideleta sale lentamente por la puerta de la derecha.*)

### ESCENA III.

CALVINO solo. (*Sigue con la vista á Ideleta.*)

Corazon indomable! alma rebelde que he querido, pero que no he podido someter! He sentido no sé qué frio placer en dictar esa carta en vuestra presencia: (*Con un repentino arranque.*) ¿En fin, ¿porqué me aborrece esta mujer? ¿de una secta maldita, unida por lazos impudicos á un anabaptista, su vida estaba amenazada en la tierra, condenada en el cielo; quise salvar su vida y su alma y me casé con ella. ¡Oh misericordia! el hombre que ella cree muerto ha sobrevivido en su alma y siempre, se levanta pre entre ella y yo viene á colocarse en mi camino. oh! Miguel!—Es cierto, sí, un poco he dicho: Dios hiera con la locura al que cree perder. A ese hombre yo le salvé tan pronto como pude. Gracias á mí renació para una nueva vida. Me refugio en la oscuridad de un nombre desconocido.

en lo sabeis, Dios mio! el olvido es la felicidad. Pero nó, ha sido preciso que el cielo inspirára al corazon de Servet un ódio insensato contra mí... contra mí! Sea pues; cúmplase su destino; yo no buscaba la guerra, él quien la ha promovido: está bien, guerra, fatalidad para el vencido!—Loco de mí en retenerme con dorados sueños, cuando despreciablemente se ha escapado de Viena y he perdido sus huellas. (*Se sienta.*)

#### ESCENA IV.

CALVINO, MARIA.

MARIA. (*Con muchas cortesías.*) Buenos dias, padrino mio.

CALVINO. Ah! eres tú, loquilla.

MARIA. (*Con nueva reverencia.*) Yo misma, padrino mio.

CALVINO. Tiempo hacia ya que no te habia visto, Maria. ¿Acostumbras ir á las oraciones que se rezan por la tarde en la iglesia de Lonvalle?

MARIA. (*Tomando un tabureté y sentándose á Calvin.*) Todos los dias á las cuatro, padrino mio; y tambien estudio y medito sobre mi catecismo, ese hermoso catecismo que vos habeis escrito. Esta misma mañana, por lo tanto, he estudiado el capítulo del *perdon de injurias*. ¡Oh! que hermosas cosas decis en—«Tended la mano á vuestros enemigos y que os injurie, decidle: hermano mio, os perdono.»

CALVINO (*bruscamente.*) Maria!

MARIA (*levantándose.*) Padrino mio!

CALVINO. Me parece que vuestro vestido es muy lujoso. No hay ninguna sencillez en esas

MARIA. Seda decis? Ya, ya! si es de lo mas barato, mirad. Y luego, si supieseis lo que me abaja en el dia. No hay telas ordinarias. Este vestido es el mas feo que he encontrado.

CALVINO. Calla: el mas feo! Bueno es sa-

MARIA. Oh! padrino mio, no vayais á hacer un edicto contra los tenderos, pobres tenderos!—Vos no lo sabeis, padrino mio, me acordado de vos, porque yo pienso siempre en vos cuando no os veo, y os he bordado una valona. ¿Me permitireis que os la ofrezca? (*Le muestra la valona de su bolsillo y se la presenta.*)

CALVINO. Hum!... seguramente que es her-

mosa, pero estas son obras de frivolidad en las cuales me pareces muy hábil.

MARIA (*con seriedad.*) Padrino mio, me ocupé solo de estas obras en los momentos en que recito mis salmos de memoria. Esto me impide distraerme... Segura estoy que debe sentar bien á vuestra fisonomía... os lo suplico, dejad que os la pruebe.

CALVINO. ¿Qué estás diciendo, loquilla?

MARIA. Qué estoy diciendo! (*Probándose.*) Levantad la barba, volved la cara... un poco.. así! ah! que bien os sienta! que buen efecto hace ahora! Apuesto á que no la lleva tan hermosa el señor síndico primero. (*Aparte.*) Toma! se la ha dejado poner... si me atreviera!... (*Alto como haciendo esfuerzos para hablar.*) Padrino mio, queria... verdad es que será lo que vos querais... pero en fin, ya comprendereis, ese pobre tio... estaria tan contento, nó es verdad?

CALVINO. Pero, ¿qué batúrrillo es este? Veamos, explícate!

MARIA. ¿Qué me explique?... es que... Pues bien, tanto peor, voy á deciroslo todo. Es el caso que pasado mañana son los dias de mi tio y quisiera invitar á todas mis amigas del barrio,—y yo tengo muchas amigas,—para que... para que bailáramos un poco...

CALVINO. Qué oigo!

MARIA. Oh! nada mas que un poco... sin música y entre nosotras... sin ni siquiera caballeros.

CALVINO. ¿Habeis perdido la cabeza?

MARIA. Sí, sí, ya lo sé, los edictos! pero no paseis cuidado, habrémos terminado antes de la queda.

CALVINO. Maria!

MARIA. Os amaré tanto, padrinito mio! No danzarémos mas que bailes serios, minuets con figuras decentes, se supone. Oh! si os pidiera para bailar la danza de los seis rostros, no digo que nó, como que al final se abrazan.

CALVINO. (*Mal humorado.*) Callaos.

MARIA. Padrino mio!

CALVINO. He dicho que os calleis.

MARIA (*asustada.*) Ya me callo... no digo nada...

CALVINO. Retiraos.

MARIA. (*Aparte.*) Huy! qué feo es! (*Da algunos pasos para retirarse, en seguida se detiene y parece reflexionar.*)

CALVINO. Os he dicho que os retirárais.

MARIA. Ya voy, padrino, ya voy. (*A si mis-*

ma.) Oh! si tuviera alguna buena historia que contarle!

CALVINO. Todavía aquí! será preciso que me levante?

MARIA. Oh! ahora que me acuerdo... hace un momento, al salir de la hostería... he oído... sí, sí. (*Acercándose á Calvino.*) Ya me voy, padrino, ya me voy... Muy buenas cosas tenía que deciros hoy, pero sois demasiado malo y esto me da miedo para hablaros. (*Se aleja.*)

CALVINO. A ver! qué hay? qué es lo que sabes?

MARIA. Quién? yo? Nada... nada... ya me voy.

CALVINO. Aguarda... Nó has dicho que sabias algo?

MARIA. Lo habré dicho, no digo que no, pero como vos ordenais que me vaya... (*Da algunos pasos mas.*)

CALVINO. Maria!

MARIA. (*Riendo.*) Oh! y estoy cierta de ello! cosa es que os hubiera hecho reir mucho.

CALVINO. Eso si que lo dudo.

MARIA. (*Volviéndose.*) Como qué?

CALVINO. Digo que lo dudo. Hoy no estoy dispuesto á reirme.

MARIA. Calla! me desafiáis?

CALVINO. Sí por cierto, y apuesto...

MARIA. (*Acercándose precipitadamente.*) Una apuesta? sí, sí, bueno! si reis, habreis perdido... y me permitiréis bailar?

CALVINO. Oh! sería preciso que la historia fuera muy alegre.

MARIA. He ganado. Prestadme atención. (*Se apoya sobre el respaldo del sillón de Calvino.*) Venia yo acompañando á mi madrina, cuando, al volver la calle, he recordado que habia olvidado la valona que pensaba ofreceros.

CALVINO. Aturdida!

MARIA. Me he vuelto corriendo á casa para recojerla, cuando al atravesar el patio, ya sabeis, el patio en que hay un grupo de árboles...

CALVINO. Bien; y qué?

MARIA. Como decia, cuando atravesaba por detrás de esos árboles he oido dos hombres que hablaban en voz baja. Aun mas, pronunciaban vuestro nombre en aquel instante.

CALVINO. Mi nombre?

MARIA. El uno decia: Él no me conoce, jamás me ha visto, y por otra parte guardaré mis hábitos de hermano suizo... ya ves que con este disfraz... Pero el otro decia: Créeme,

no vayas. Para que has de ir... y replicaba uno y contestaba el otro. Sin embargo, el otro el primero se obstinaba y juraba que no podriais reconocerle. — Yo lo creo, como nunca le habeis visto.

CALVINO. Y se llamaban entre sí por su nombre?

MARIA. Toma! ya se ve que sí. Al uno le conozco perfectamente, es el señor Pecolat.

CALVINO. Y es este el que queria verme disfrazado?

MARIA. No por cierto, el otro... Aguarda como le llamaba al otro el señor Pecolat? Dímelo! y el caso es que lo sé.. Mi buen... buen... Miguel.

CALVINO. (*Levantándose.*) Miguel!

MARIA. Oh! pero todavía le llamaba de esa manera... Si me acordaré? Ser... Ser... Mi buen Servet.

CALVINO. (*formidable.*) Servet! Ha dicho Servet?

MARIA. (*Asustada.*) Ay, Dios mio! padre no griteis así.

CALVINO. (*Sacudiéndola el brazo.*) Le llamas Servet... Y dices que Servet quiere verme disfrazado... con los hábitos de... habla pues! con que hábitos vendrá?

MARIA. (*Temblando.*) Con los de... de mano suizo.

CALVINO. Y qué mas?... qué mas?

MARIA. (*Llorosa.*) Nada mas. Qué es lo que queréis que sepa mas? Mi madrina me espera y he vuelto á reunirme con ella. Entonces me he dicho: Un hermano suizo, que no es hermano suizo, y que se creerá que no le conocen, irá á ver al señor Calvino, quien podrá divertirse á sus anchas... y he creido creido que esto os haria reir.

CALVINO. (*riendo.*) Y me ha hecho reír efecto... no ves como rio? — Voy á salir.

MARIA. (*Aparte*) Estoy temblando. Dios qué es lo que he hecho?

CALVINO. Has dicho algo de esto á mi padre?

MARIA. A mi madrina no la gustan las historias.

CALVINO. (*Abriendo la puerta del fondo.*) Pedro! Hola! Pedro! (*Aparece un criado.*) Mi capa! Salgo por la puerta del jardín. Durante mi ausencia dejareis entrar á todo el mundo, pero salir á nadie. (*A Maria.*) Una palabra de esto á vuestra madrina. Que guardad silencio, pues de lo contrario no bailaré.

*Sale por la puerta de su gabinete. Pedro sale por el fondo.)*

## ESCENA V.

MARIA, en seguida SERVET.

MARIA. De lo contrario, no bailaréis!... Sí, mas tengo yo ahora de bailar. Ha reido, en verdad, pero mas hubiera preferido que se inodára. No me hubiera dado tanto miedo. una palabra de esto á vuestra madrina! Que pues lo que será? Oh! á buen seguro que aquí en adelante no hablaré una sola palabra, pues me temo ya haber hablado demasiado. Nó, lo prometo, no le contaré ya mas historias.

SERVET. (*Apareciendo.*) Hermosa jóven...

MARIA. Ah! (*Aparte.*) Cielos! él es!

SERVET. Dispensadme, pero á nadie he entrado en esta casa á quien pudiera dirijirme.

MARIA. Pedro estará sin duda en el jardin.

SERVET. Y quién es Pedro?

MARIA. El criado de la casa.

SERVET. Y el señor Calvino donde está?

MARIA. Acaba de salir.

SERVET. Ah! Ha salido. Estais segura?

MARIA. Ya se ve que estoy segura (*Aparte.*) me queda ni una gota de sangre en las venas.

SERVET. Decidme, seria entónces fácil hablar á la señora Ideleta?

MARIA. Iré á prevenirla... Ah! á propósito... ¿la teneis.

## ESCENA VI.

SERVET, MARIA, IDELETA.

IDELETA. Quién es este hombre?

MARIA. Un mendigo... quiero decir, un hermano suizo que desea hablaros.

IDELETA. Déjanos, pues, hija mia.

(*Maria sale por el fondo.*)

## ESCENA VII.

IDELETA, SERVET.

IDELETA. Hablad, hermano.

SERVET. (*Echándose atrás su capucha.*) Es de Villanueva, me conoces?

IDELETA. (*Lanzando un grito supremo.*) Ah!

SERVET. Ideleta!

IDELETA. Miguel!

SERVET. Yo soy.

IDELETA. Tú!... tú, Miguel!... Oh! Dios mio!... Pero nó, nó, es imposible... vision, espectro! Ah!... Miguel! (*Se arroja en sus brazos.*)

SERVET. Oh, Dios mio!

IDELETA. (*Arrancándose de sus brazos.*) Aguárda. (*Corre á la puerta del gabinete de Calvino, la abre y mira.*) No está!... Dios sea loado! no está! (*Volviendo á Servet.*) Miguel!

SERVET. Nada temas, Calvino jamás me ha visto y por lo tanto solo seré para él un mendigo, un hermano, un viajero por la fé. Nada temas te repito, y háblame sin miedo. Calvino estaba en Strasburgo, nó es verdad? Te hizo creer en mi muerte, te persiguió, te amenazó, nó es eso? Y tú sola, sin apoyo, sin un brazo para defenderte, sin un corazon para amarte.... Oh! te perdono, te perdono! Oyes bien, alma mia, te perdono!

IDELETA. (*Como no habiendo aun vuelto en sí.*) Oh! habla, que te oiga.... Acércate.... aquí... mas cerca de mí.

SERVET. Di, nó es cierto, nó es asi como ha pasado?

IDELETA. En efecto, vino á mí, me dijo que al dia siguiente seria entregada á los jueces que enviaban al cadalso á los discípulos de Munzer. Le dije entonces: Matadme si que-reis, pero yo no puedo ser vuestra muger; porque el conde de Villanueva es mi esposo. Entonces me abrumó á injurias, no sé lo que me dijo: que yo no era tu muger, que éramos unos malditos, que ultrajábamos el cielo, (*Con acento mas lúcido.*) y, de pronto, me dijo que tú habias muerto, me mostró cartas, papeles.... que sé yo!—Muerto, muerto en un suplicio... en una hoguera... en Basilea! Muerto!... y yo era madre, entiendes esto, Miguel.... yo era madre y mi hijo no tenia mas apoyo que el mio! Entonces quise vivir, vivir á toda costa, á cualquier precio, al precio de mi corazon desgarrado, al precio de mi creencia abjurada.... Mé casé con él..., solo que no le dije que tenia un hijo, porque... porque me lo hubiera robado!

SERVET. (*Dándole una carta.*) Abre esta carta y léela.

IDELETA. (*Leyendo.*) «Acaba de ser quemado públicamente en Basilea un anabaptista bajo el nombre de Miguel, conde de Villa-

«nueva. Se os advierte que morireis á la primera palabra que se desprenda de vuestros labios para revelar este misterio.» Cielos! entonces mintió Calvino.

SERVET. De quién es esa letra? la conoces?

IDELETA. Sí, la conozco; es letra de Calvino.

SERVET. Calvino! Bien, no me engañaban mis presentimientos. Ah! es su letra! Desde esta mañana lo sospecho. Sí, sí, esto es, le estorbaba y me borró de la lista de los vivientes. (*A Ideleta que parece sumergida en un sombrío estupor.*) Óyeme, Ideleta. Los juramentos trocados con nosotros á la faz del cielo, de vivir el uno para el otro, como dos esposos fieles, han permanecido vivos é inviolables en tu alma?

IDELETA. Nos arrodillamos un dia ante el cielo libre, y allí, en presencia de nuestro Dios, me dijiste:—os tomaré por mujer.—y yo te respondí:—Y yo os acepto por mi señor y esposo.

SERVET. Ha llegado despues una ocasion en que un hombre se te ha presentado y te ha dicho.—El que amabais ha muerto,—y al decir esto, mentia voluntaria y cobardemente. Ideleta, eres la mujer de este hombre?

IDELETA. Miguel, clava tu vista en mi y mira mis vestidos de luto. Demasiado te dirán ellos que no creyéndote ya de este mundo, me habia desposado con la tristeza y la muerte. Mi corazon te habia seguido á la tumba y los lazos que no ha podido romper la muerte, no los cortará la vida.

SERVET. Bien está. Una sola palabra ahora Tú lo has dicho, nó es verdad? Eras madre y quisiste vivir para tu hijo. Oh! si existe, si pudiera verlo!

IDELETA. Existe.

SERVET. Será verdad!

IDELETA. Es verdad. Está aqui: ha crecido ante mis ojos y para ello he logrado engañar á Calvino que cree, teniéndole junto á sí, educar á un niño abandonado por una familia suiza.

SERVET. (*Con arrebató.*) Él! nuestro hijo en casa de Calvino!

IDELETA. Silencio! Te lo contaré todo mas tarde, fuera de esta casa.

SERVET. Atiende. Aqui tienes una llave por medio de la cual se abre una puerta que da al parque del antiguo palacio de los duques. Al fin de este parque hay otra puerta baja claveteada de bronce, que abre esta misma

llave y que conduce á los ricos y suntuos aposentos de un hombre cuya vida, cuya sangre, cuya alma y brazo me son adictos. uno de los primeros de la ciudad, es Pecolat.

IDELETA. Pecolat, el enemigo de Calvino.

SERVET. Sí, Pecolat. El dia en que el toq de rebato estremecerá á Ginebra, el dia que de las calles, de las plazas, de todas partes salgan millares de voces gritando: Muerto Calvino!—aquel dia escápate con tu hijo, penetra en casa de mi hermano y dile:—Salve Ideleta de Bures, condesa de Villanueva.

IDELETA. Oh! lo haré así.

SERVET. Y ahora, adios, Ideleta!

IDELETA. Hasta muy pronto, Miguel!

(*Se dirijen al fondo. Abrese de pronto la puerta y aparece Calvino.*)

## ESCENA VIII.

IDELETA, CALVINO, SERVET.

(*Calvino baja la escena fijos sus ojos en Servet.*)

CALVINO. Sea bien llegado á esta casa el hermano por la santa doctrina. ¿Venis de muy lejos, hermano?

IDELETA. Señor, es un pobre hombre que ha entrevisto la luz y que visita las iglesias formadas para gozar en el espectáculo de la fé. Le he dado con que continuar su camino puede ya retirarse. Id, hermano; rogaré por vos al señor.

CALVINO. Aguardad. Tengo vivos deseos de conocer los triunfos alcanzados por la iglesia de la verdad y supongo que vos traeis buenas noticias nuevas.

SERVET. (*Inclinándose.*) Señor,...

CALVINO. Hermano, tengo lastimado el corazón, porque aqui los espíritus vacilan y no están nutridos por la fé. Ay de mí! Dios me ha elegido, pero soy débil y sostienen muchos hombres tan pesada carga. Añadid á esto que tengo en el mundo á un enemigo que me causa no pocas penas... Es un hombre bien conocido me ese Servet!

SERVET. (*Con un ligero tinte de ironía.*) Servet! No dicen que se ha fugado de las calles de Viena?

CALVINO. (*Con sencillez.*) Sí, desgraciadamente es verdad y nadie sabe su paradero.

IDELETA. Señor... estoy algo mala. Deseo con mucho el obsequio de despedir á ese estúpido, un pobre hombre, como veis, muy

illo, y que segura estoy que no conoce á ese  
servet ni mas ni menos que yo.

CALVINO. Es que vos le conoceis, señora.

IDELETA. Yo? á Servet?

CALVINO. Sí, Servet, el hombre mismo á quien  
creíamos muerto...

IDELETA. (*Ap.*) Que está diciendo!

SERVET. (*Ap.*) Cielos! mientras no se ven-  
ta á sí misma!

CALVINO. (*Apoyando sobre cada palabra.*) Y  
que antes se llamaba Miguel, conde de Villa-  
nueva.

IDELETA. Miguel!

(*Va para precipitarse hácia Servet, pero la  
tiene friamente Calvin.*)

CALVINO. Permitidme, pues, señora, que le di-  
ga á ese piadoso viajero, hasta qué extremo  
Miguel de Villanueva, ó por mejor decir, Ser-  
vet, pues que tal es el nombre que ha toma-  
do, permitidme que le diga, repito, hasta que  
tanto merece la cólera de Dios y de los hom-  
bres.

IDELETA. Miguel no puede oiros... Miguel  
no puede contestaros... Miguel no os contesta-  
rá, nó... no os contestará.

SERVET. (*procurando contenerse.*) Miguel...  
Servet no está aquí para defenderse, sin em-  
bargo de que — si no estoy mal informado —  
no se decidió contestaros en un combate público, si  
para ello le dabais un salvoconducto de vuestra  
ciudad.

CALVINO. Un salvoconducto! Y por qué un  
salvoconducto? Acaso no está fuerte de la  
verdad de su causa? Teme sucumbir? Y qué,  
tanto arrojo á la otra parte de los montes y  
poco valor cuando se trata de atravesarlos?  
Un salvoconducto! Si se lo daba, creeria  
que era una afrenta. No admito, no puedo ad-  
mitir que Servet, el hombre que me desafía  
á los dioses, pueda palidecer al mirarme cara á ca-  
ra.

(*Da un paso hácia Miguel.*)

IDELETA. (*Ap.*) Oh! Dios mio!

CALVINO. (*Con insultante sonrisa.*) Un salvo-  
conducto! Hé ahí lo que son esos fanfarrones,  
los vociferadores! Ni siquiera tienen el valor  
de su propia corrupcion! Gritan, pugnan, ra-  
tan cuando no están al alcance de su enemi-  
go, pero para mirarle cara á cara, para ha-  
blarle frente... oh! entonces, ya varia de as-  
pecto, ya es otra cosa! Necesitan salvocon-  
ductos, les hacen falta toda especie de arma-  
das y de escudos, jamás se encuentran su-  
ficientemente armados ó equipados. Hasta creo

que, si se atrevieran, esos arrogantes perdo-  
navidas vendrían precedidos de un regimien-  
to de Lasquenets para combatir á quién? á  
un hombre!

(*Da un segundo paso.*)

SERVET. Oh! basta, basta!

IDELETA. (*Ap.*) Apiadaos de nosotros, Dios  
mio!

CALVINO. Hé ahí por que os digo yo, Cal-  
vino, que Servet no es solamente un impío,  
un libertino, un desleal, sino que es tambien  
un cobarde.

SERVET. Calvin!

CALVINO. (*Provocando.*) Sí, sí, un cobarde,  
un cobarde!

SERVET. (*descubriéndose.*) Calvin! Servet  
no es un cobarde, Servet se halla ante tí y  
te desafía.

CALVINO. Por fin! — No me ha costado poco  
trabajo arrancarle su nombre.

SERVET. Si, soy Servet, ya sabeis mi nom-  
bre, y ahora, créeme, haz que no te en-  
cuentre en mi camino.

CALVINO. Tu camino, Miguel! tu camino!  
mirale! te conduce al suplicio.

(*Abrèse la puerta del fondo y se vé al síndico  
del consejo vestido de negro y varios soldados  
alineados en la antesala.*)

IDELETA. Fatalidad!

SERVET. Miserable!

CALVINO. Me has propuesto un duelo! Sea,  
lo acepto, pero un duelo á muerte! (*Al sín-  
dico.*) Señor síndico, tomad acto de la decla-  
racion de este hombre y cumplid con vuestro  
deber.

SINDICO. (*Adelantándose.*) Miguel Servet,  
como tú mismo acabas de nombrarte, te ar-  
resto en nombre de la república.

SERVET. No soy ciudadano de Ginebra é in-  
voco aquí el derecho protector de las naciones.

CALVINO. Los impíos no tienen nacion, y yo  
acusó á Miguel Servet de haber insultado á  
Dios en sus escritos, de ser un ateo y un blas-  
femo. Yo, Juan Calvin, pastor de esta ciu-  
dad, me ofrezco como fiador de lo que he di-  
cho, y si la cabeza que designo no es una ca-  
beza culpable, ofrezco la mia al verdugo!

IDELETA. (*Irguiéndose aterrada.*) El ver-  
dugo!

SERVET. Perdido!

(*El síndico hace una seña. Se apoderan de  
Servet.*)

## CUADRO CUARTO.

### La cartera.

*Despacho de Calvino.* Al fondo una ancha ventana por la cual se descubre una parte de la ciudad. Á la izquierda y en primer término un reclinatorio sobre el cual están colocados los Evangelios; en segundo término la puerta del jardín de que se ha hecho mencion. Á la derecha la puerta que conduce á los aposentos de Calvino. Hay mamparas en ambas puertas. En medio de la escena una mesa de escribir cargada de libros y papeles: se ve tambien un reloj de arena y una esfera celeste. Al lado una inmensa silla de brazos y grande espaldar. Varios infolios están esparcidos por el suelo y las sillas. En el fondo dos cuerpos de biblioteca.

#### ESCENA PRIMERA.

CALVINO. EL SÍNDICO.

*(Calvino sentado junto á la mesa registra papeles. El síndico tiene tras de sí á sus dos ujieres con traje mitad encarnado mitad amarillo. El síndico está vestido de negro: en el hombro izquierdo tiene bordadas sobre su holgado y negro ropaje las armas de la república.)*

CALVINO. Por fin los tengo esos papeles y esa cartera hallados sobre la persona del impío! Señor síndico, felicítareis de mi parte á los señores consejeros del cielo que muestran en este negocio, y manifestadles os ruego, toda la estension de mi agradecimiento por este hermoso regalo de autógrafos. Lo veo ya, desde que comienza la batalla, Dios protege á sus fieles.

SÍNDICO. Tengo que deciros, señor Calvino, que el consejo ha creído de su deber haceros dar una prueba de gratitud por los servicios que no cesais de hacer á la santa causa del cielo.

CALVINO. *(Sin levantar los ojos de encima los papeles y continuando escribiendo.)* Hablad, ya os escucho.

SÍNDICO. *(Desarrollando un pergamino.)* Resultado de la deliberacion del consejo: Ordenan los señores síndicos que sin pérdida de tiempo se ofrecerá á nuestro muy amado Juan Calvino, gefe del consistorio de esta ciudad, un tonel de vino de Malvasia y una suma de treinta escudos.

CALVINO. Aun mas! He manifestado ya que no me agradaban esas munificencias. Dónde

iríamos á parar? Tengo mil libras por a que se apartan del tesoro público, y tengo mas esta casa que los magníficos señores y han hecho amueblar con un lujo verdaderamente asombroso. Ya es lo bastante, pues.

SÍNDICO. Señor.

CALVINO. Que no se me hable mas de el. El hospital carece de dinero, los señores patrones del consistorio no reciben mas que treinta escudos por año, cosa ridícula, y las caudales del Estado no se abren mas que para mí. Decid al consejo que no quiero cortesanos, sino servidores porque yo mismo soy el servidor de Dios. Podeis retiraros. *(Llamando.)* Pedro! *(Aparece el criado.)* Acompañad al señor síndico y volved en seguida. Tengo que daros varias órdenes.

#### ESCENA II.

CALVINO, en seguida PEDRO.

CALVINO. *(Registrando la cartera de Sereno.)* Una carta... dos cartas de su letra firmadas con su nombre de libelista! á mas, dos papeles enteras llenas de inestimables horraduras. Oh! todo esto es de su mano, de su mano que haré cortar.—Ahora conozco que he estado en peligro en constituirse acusador de este miserable antes de tan precioso encuentro. Por lo que en fin, podia fácilmente negar sus libelos puesto que eran anónimos. Pero he ahí el primer capítulo de uno de ellos escrito por una infame mano. A la verdad, está ahora completamente perdido que casi siento en



estualidad hacerle el honor de acusarle yo mismo. Me parece que Donato tarda mucho en volver.... Sois vos, Pedro?

PEDRO. Sí, monseñor.

CALVINO. ¿Qué hace la señora Ideleta?

PEDRO. Se ha retirado á su aposento donde ha encerrado.

CALVINO. ¿Ha dicho algo antes de retirarse? Ha pronunciado en presencia vuestra alguna palabra?

PEDRO. Nó, monseñor. Solo manifiesta vivos deseos de hablar al señor Donato y me ha encargado que la avise cuando haya llegado.

CALVINO. (*A sí mismo.*) Qué querrá decirle? Querle tomar parte en alguna traicion sin dudar? (*Llaman á la puerta del jardín.*) Si fuerdes él! Pedro, aguarda en la antesala pronto á ejecutar mis órdenes. No permitais la entrada á nadie, ni siquiera á la señora Ideleta. Quien está solo. Cuando oigas mi timbre, me abrirás luz.

*Pedro se retira.—Calvino abre la puerta á cual han llamado.—Donato entra.*

### ESCENA III.

DONATO, CALVINO.

CALVINO. Ah! eres tú. Tendrás conocimiento de la gran noticia?

DONATO. Si señor.... Y qué ¿será verdad? Servet ha sido preso aquí, en esta casa?

CALVINO. Se habla ya de ello por la ciudad?

DONATO. La hostería de Cigogne se ha llenado en un momento de todos los amigos de Servet, como que yo no he tenido tiempo que para escaparme por la puertecita del jardín.

CALVINO. ¿Has visto á Cigogne? Te has informado de la embarcacion?

DONATO. La embarcacion llegará mañana, hora antes de salir el sol. Pero, decidme, ¿cierto, como se asegura, que vos mismo sois el acusador de Servet y que, obedeciendo á las leyes criminales, vais á constituirlo prisionero en la torre de L'ile?

CALVINO. Ah! ah! se asegura ya esto por la ciudad?

DONATO. Dícese tambien que el plan de los libertinos es el de emplear hasta la violencia para obtener la libertad de Servet y colocarle á guisa de la cabeza del partido...

CALVINO. Servet á la cabeza de los liberti-

DONATO. Añaden que Pecolat debió en otro tiempo su vida á Miguel Servet.... Le llama su hermano y ha jurado morir antes que abandonarle.

CALVINO. Pecolat! (*A sí mismo.*) ¿Y si en tanto que yo me ocupo de hacer quemar á Servet, Pecolat y los suyos se entretuvieran en quemar la ciudad? Motines, sublevaciones, y yo no estaria allí! No es en presencia de Servet donde está el peligro, es en presencia de los libertinos.... Permanezcamos libre.

(*Se asegura de que estan bien cerradas todas las puertas y se dirige á Donato.*)

Oyeme, Donato. Ya sabes que Ideleta y yo siempre te hemos querido y cuidado lo mejor que hemos podido. Desde el dia en que, desnudo y moribundo, te encontramos en el umbral de nuestra morada teniendo apenas dos años, nada te ha faltado, ni las caricias de una madre, porque verdaderamente mi mujer es una madre para tí, ni mis lecciones, ni mis ejemplos, tanto que has fortificado tu cuerpo al par de tu espíritu.

DONATO. Señor....

CALVINO. Déjame hablar. A menudo he sido áspero y frio para contigo, pero es que he seguido en ello mi sistema.... quédese para las mujeres el sonreir á los niños, este es su deber, pero para nosotros, los hombres, resérvese la obligacion de conducirles por la senda de la virtud. Seguro estoy, pues, Donato, que obrando de esta suerte he hecho de tí un hombre segun mi corazon y de alma fuerte; te he enseñado la dogmática y las bellas letras y, hoy puedo decírtelo,—y por cierto que sabes lo avaro que soy de elogios—eres un lógico sólido y puedes desafiar en dialéctica á los argumentistas mas prontos en respuestas.

DONATO. Oh, señor! este language.... Qué, seria verdad? No soy para vos un objeto de indiferencia?

CALVINO. Que estás diciendo! Te tengo por un discípulo que me hace honor y quiero al instante mismo darte una prueba. Estás ya en edad de mostrar lo que tú puedes y probar á todo el mundo que yo que siembro buen grano, no he pasado el arado por un terreno estéril.

DONATO. Señor, os soy adicto.... vuestras son mi vida y mi alma.

CALVINO. Tu vida, la acepto, pero tu alma es de Dios.

DONATO. (*Aparte.*) De Dios y de mi madre.

CALVINO. Escucha atentamente lo que voy á decirte y piensa antes de responder que tus palabras serán pesadas por el Todopoderoso. Si yo te dijera: Donato, preséntate ante el tribunal de los hombres á acusar á Miguel Servet como hereje y ateo;—para honra de la fé, para gloria eterna de Dios, prueba al mundo que Servet, en sus escritos, en sus discursos, en sus cartas, en sus actos, no ha dejado nunca de cometer el infame atentado de Lesa Magestad suprema, y que es preciso que este hombre muera;—si yo te dijera esto, dí, que es lo que tú harías?

DONATO. (*Despues de haber meditado un instante.*) Iria y acusaria á ese hombre.

(*Una pausa.*)

CALVINO. Estás bien enterado de las leyes de la república?

DONATO. Sí por cierto.

CALVINO. ¿Sabes que el acusador en una causa criminal incurre en la pena del talion si ha mentido y calumniado?

DONATO. Lo sé.

CALVINO. El acusador, dice la ley, responderá, cabeza por cabeza, del acusado. Uno de ambos debe morir.

DONATO. En efecto.

CALVINO. ¿Y consientes tú en ir á jugar tu vida con la de ese hombre?

DONATO. Consiento.

CALVINO. ¿Te constituirás prisionero?

DONATO. Si señor.

CALVINO. (*Aparte levantándose.*) Le habia juzgado bien; es un noble corazon. (*A Donato.*) Estás pronto á jurar lo que acabas de prometer?

(*Donato se acerca al reclinatorio encima del cual está el libro de los Evangelios y lo abre.*)

DONATO. Puesta la mano sobre los Evangelios, juro portarme como leal campeón del Señor, y no abandonar el combate hasta salir vencedor ó cadáver. (*Arrodillándose delante de Calvino.*) Vuestra bendicion ahora.

CALVINO. Donato, tienes un alma hermosa y eres un noble corazon.... ven á mis brazos. (*Le abraza.*) Ahora, hijo mio, parte y preséntate al capitan general quien, hecha tu declaracion, te enviará en seguida á la cárcel de Lile.

DONATO. Cómo! Tan pronto! sin ver á la señora Ideleta! (*Aparte.*) sin ver á mi madre! mi madre! para quien obedezco solo.

CALVINO. (*Acercándose á la mesa.*) Conozco

las mujeres; la mia tiene un gran corazon pero lanzaria gritos capaces de hacer vacilar un alma mas intrépida que la tuya. No pa cuidado, yo le esplicaré tu ausencia, dándole que te he enviado fuera de Ginebra con un mensaje.

DONATO. Señor!

CALVINO. Ya te lo he dicho. Irás en seguida á casa del capitan general á quien presentas esta carta. Mañana por la mañana haré que entreguen unos preciosos papeles encontrados á Servet y á los cuales es preciso que añades yo algunas notas. Trabajaré esta noche. Adios y no pienses mas que en tu deber. (*Le entrega la carta.*)

DONATO. Vos lo quereis.

CALVINO. (*Acompañándole.*) Dios lo mandará. (*Abre la puerta del jardin y sale por ella Donato.*)

## ESCENA IV.

CALVINO solo.

(*Es ya noche cerrada. La luna atraviesa los cristales de la ventana y baña con un pálido resplandor el fondo de la decoracion.*)

Buena idea ha sido!.. tenia necesidad de estar libre y nadie sabrá una palabra. Creyendo que estoy bajo cerrojos, y en tanto que ellos levantarán la cabeza, yo, oculto aquí, en el centro, fija mi mirada sobre la ciudad, aguardaré la hora propicia para arrojarme sobre el motin y ahogarlo al primer golpe. (*Se dirige á la ventana y la abre de par en par.*) Consois vosotros, señores ciudadanos de Ginebra, los que pensais añadir á vuestro odio el del Guel, los que quereis unir vuestras espadas á su puñal!... Oh! bien está! Yo os prometo quemar á vuestro falso profeta y sembrar cenizas sobre vuestras encorvadas frentes. (*Separa de la ventana.*) Qué triunfo, cuando en Alemania, en Basilea, en Paris, se diga: ¿Nó sabeis? ese Servet, ese implacable enemigo de Calvino, ese arrogante combatiente, ya audacia igualaba su insolencia, pues Juan de Noyon ni siquiera se ha tomado molestia de combatirlo, se lo ha dado por muerto á uno de sus discípulos, á un estudiante, un niño, y el niño ha vencido por celo. David ha pisoteado á Goliat.— Pero no es solamente tu cuerpo, Miguel, el que quiero enviar al suplicio, es tu orgullo e

ero decapitar. (*Una pausa: cada vez va  
ndo mayor la oscuridad de la escena.*) Poco  
poco, corazón mio! No mezcles tus resen-  
timientos á los resentimientos del Eterno. Es  
hombre á quien yo he salvado la vida y  
ha consagrado esta misma vida á perjudi-  
me. Olvidemos, pues, á este hombre. Apóstol  
Dios, solamente al enemigo de Dios es á  
en yo debo juzgar. Servet merece la muer-  
porque es un corazón endurecido.. Sin du-  
pero ¿y si ese corazón se conmoviera, si el  
o se arrepintiera? Un alma rescatada le  
ce mas al Señor que la sangre de un millar  
infiel... y entonces... y entonces, la ca-  
d exigiria que le perdonásemos... (*Entrea-  
sus labios una furtiva sonrisa.*) Sí, pero,  
y tranquilo, no se arrepentirá! (*Golpea su  
bre y aparece el criado con una lámpara  
deposita encima la mesa.*) Siento frío...  
rad la ventana, Pedro. ¿Ha preguntado otra  
mi mujer por Donato?

EDRO (*ayudando á su amo á colocarse un  
an de pieles.*) A vos es á quien quiere ver  
ra.

ALVINO. Que no entre. Tened cuidado, Pe-  
; quiero estar solo! — Retiraos.

EDRO. (*Ap. yéndose.*) Lloro tanto que cau-  
stima verdaderamente. Bah! si se presen-  
ara entrar, haré como que duermo. (*Vase.*)

## ESCENA V.

CALVINO, IDELETA *en seguida.*

ALVINO (*sentado y trabajando.*) Es extra-  
l modo como me ha helado el aire de la  
e. Oh! éste dia habrá roto mis fuerzas  
mucho tiempo. (*Tose*). Pobre cuerpo en-  
ido antes de tiempo, héte ahí como una  
antelada ciudadela abierta á todas las in-  
eries del cielo, espuesta á todos los insul-  
le los hombres. Tranquilízate, sin embar-  
todavía tienes buena guarnición trás de tus

baluartes: el alma que vela para tu guarda el  
fuerte como el destino. (*Continúa escribiendo.*)  
A la verdad, creo que me vence la fatiga. En  
vano intento paliar mi debilidad... Ah! cuantos  
hombres hubieran dominado el mundo, si no  
hubiesen tenido por tiranos la tos y la fiebre!  
La salud!.. la salud es la mitad del génio. Va-  
mos! es preciso trabajar... es preciso! (*Vuel-  
ve á escribir.*) (*Idelata que ha abierto con pre-  
caucion la mampara, da algunos pasos.*)

IDELETA. No me atrevo á entrar... Ignoro lo  
que seria menester decirle para impresionarle..  
para conmooverle.

CALVINO. Imprudente! Llevar encima seme-  
jantes pruebas! Es increíble; Dichosa cartera!  
tú serás mi salvaguardia al propio tiempo que  
su pérdida.

IDELETA. (*Ap.*) ¿Qué está diciendo? (*Se acer-  
ca con toda la posible precaucion.*)

CALVINO. Esto es, sí... Los dos capítulos de  
la *Restitucion*... enteros de su puño y letra.  
Ah! Miguel! Al escribir estas líneas, escribias  
tambien tu sentencia de muerte.

IDELETA (*estremeciéndose.*) Ah! esos pa-  
peles...

CALVINO. Está visto... en vano lucho... mi  
vista se turba... oh! los dedos de plomo del  
sueño... se cierran mis ojos... Mañana al ama-  
necer... la embarcacion... las armas... seré  
fuerte... y... y morirás, Miguel... Dios... te ha  
condenado!

IDELETA (*con voz sorda.*) Todavía nó, Juan  
de Noyon.

CALVINO (*entre sueños.*) Morirás!...

(*Idelata se inclina y estiende la mano hácia  
la cartera abierta. Calvino hace un movimien-  
to. Idelata se detiene, le mira y se apodera  
en fin de la cartera, cuyos esparcidos papeles  
reune. En seguida apaga la lámpara.*)

IDELETA. Eres tú quien morirás. (*Se aleja.*)  
Duerme... duerme, Calvino! A mi me toca  
velar.

## CUADRO QUINTO.

### Los libertinos.

*En casa Pecolat. Sala de honor del antiguo palacio de los duques de Saboya. En torno de las pilastras flotan los estandartes tomados á las tropas del duque Carlos. La sala está espléndidamente iluminada. Los hombres visten el traje de la corte de Enrique II. Puertas bajas laterales, en primer término. Grande puerta de dos hojas en el fondo, los convidados están sentados en torno de una mesa suntuosamente servida.*

#### ESCENA PRIMERA.

PECOLAT, PEDRO AMEAUX, ROBERTO COP, HUGO VANDEL, MATEO PHILIPPE, LEONA, BONNIVARD, CIGOGNE, señores y señoras, pajes y lacayos.

PECOLAT. Señores, la noche comienza apenas y las puertas están cuidadosamente guardadas. Pajes, haced circular los vinos españoles. Quiero que el rumor de nuestros vasos y nuestras báquicas y estrepitosas carcajadas, lleven el eco de nuestros placeres hasta los oídos de Juan de Noyon. A tu salud, Pedro Ameaux, tú, que eres el Dios coronado de esta orjía. Señores, bebo á la salud de Pedro Ameaux.

TODOS. A la salud de Pedro Ameaux!

AMEAUX (*levantándose.*) A la pronta libertad de los que gimen entre los hierros,— á Miguel Servet!

TODOS. A Miguel Servet!

PECOLAT. Sí, á Miguel Servet; él es á quien nos toca salvar para que luego él nos salve á nosotros. (*Se levantan todos.*)

ROBERTO COP. Desgraciadamente estamos sin armas.

PECOLAT. Armas! yo encontraré aun cuando tuviera que ir á pedirselas á los Bearnese.

MATEO PHILIPPE. Muy bien dicho, si se te da tiempo.

PECOLAT (*mas bajo.*) Berthelier ha ido á la casa de la ciudad, y si podemos ganar algunos días... (*Bonnivard escucha atentamente cuanto dice Pecolat. Cigogne pasa delante de él y le separa, poniéndose á escuchar á su vez con tanta atención como el otro. Pecolat se vuelve y le ve.*) Hola! bufon! Muy tíasas están esta noche tus orejas!

CIGOGNE. Favor que me haceis, monseñor!

(*Pecolat y sus amigos se dirijen otra vez á mesa.*)

BONNIVARD. (*A Cigogne.*) Oiga, maese fon! acaso tendrías la pretension de estorbarme en el cumplimiento de mis deberes? — bécil! yo solo soy el que conoce los secretos del amo.

CIGOGNE. Esto quiere decir que corren ligero el amo y sus secretos.

BONNIVARD. Insolente!

CIGOGNE. Vamos, dejémonos de simplez seamos francos. Nunca se ha visto semejante apetito de traicion! parece que no hay mas para vos.—Y el caso es que cualquiera creeria rico... vamos, es imperdonable. El caso no es malo, no digo que nó, pero hacer sin necesidad, por gusto, por simple afición, espigar para matar el tiempo... bah! es barbaridad.

BONNIVARD. Creedme, señor Cigogne, cuando tiene uno la desgracia de ser tan sarcástico como vos, se espone á concluir mal. Se han visto ya ejemplos. (*Se ajeja.*)

CIGOGNE (*á si mismo.*) Calla! ¿qué es lo que esto significa? Significa que haré bien en adelantarme y entregar á Bonnivard antes que me entregue á mí.

LEONA (*que baja á la escena cojida del brazo de Pecolat.*) ¿Me direis, en fin, mi noble señor, que es lo que os ocupa esta noche la imaginacion? Vuestra frente se pliega ante la ruga de una idea, en tanto que vuestra boca quiere entreabrirse ante la aparición de una sonrisa.

PECOLAT. Estaba pensando, Leona, que esta noche sois la mas bella entre las bellas.

LEONA (*riendo.*) ¿Y es esto lo que os preocupa?

PECOLAT. Hola! pajes, escanciadme vino de ipre, quiero beber á la hermosura de Leo-  
Señores, haced honor á mi brándis. La  
mosura, — por mas que diga Calvino, el  
estro tirano de nuestras conciencias, — la  
mosura es la relijion de los grandes cora-  
es, es el sol de las almas, es la sonrisa de  
s! A la hermosura de Leona!  
odos. A la hermosura de Leona!

## ESCENA II.

chos, BERTHELIER que llega por la derecha.

BERTHELIER (en voz baja á Pecolat.) Amigo!

PECOLAT. Eres tú! ¿Qué sucede?

BERTHELIER. Todo está perdido.

PECOLAT. Cielos!

BERTHELIER. Han registrado á Miguel y le  
hallado una cartera con papeles que prue-  
que son suyos los libelos contra Calvino.  
le salvarémos.

PECOLAT. Fatalidad!

BERTHELIER. Dáte prisa, dispersa á los con-  
dos por tu parque y haz que nos quede-  
aquí, solos con los nuestros.

PECOLAT (á los convidados.) Señores, los  
nes se iluminan y va á empezar el baile.

ONA. Baile! ¿qué estais diciendo? Y los  
os? y el consejo?

PECOLAT. Vive Dios! Hábiles tienen que ser  
spías que se introduzcan aquí.

OGNE (bajo á Pecolat.) ¿Estais seguro de  
ivard? Reparad que no ha bebido mas que  
(Pecolat hace un movimiento.)

GO VANDEL (presentando la mano á Leo-  
Encantadora Leona, reclamo la gloria de  
con vos el baile.

PECOLAT. Y despues de él, señora, acordaos  
í. Id, y no paseis cuidado; el consejo na-  
brá por esta vez. (Leona sale con su ca-  
ro. — La multitud se dispersa.)

BONNIVARD (bajo á Pecolat.) Guardaos de  
gne; tiene demasiada socarronería para de-  
e ser un bribon. (Se aleja.)

PECOLAT (mirando á ambos.) Ó mucho me  
gio, ó hé ahí á dos traidores que acaban  
nderse el uno al otro.

OGNE (á si mismo.) Creo que ha llega-  
instante de aguzar los oidos.. (Mirando  
Bonnivard.) y de quitarme cualquier estor-  
e enmedio. (A Pecolat.) Dispensadme,  
señor,...

PECOLAT. ¿Qué tenemos?

CIGOGNE. Bien sabe Dios que no quisiera ha-  
ceros sospechar de uno de vuestros amigos, pero  
sin embargo, no sé porqué, desconfio de ese  
viejo Bonnivard.

PECOLAT. Gracias por tu consejo, Cigogne.  
Vas á ver como sé aprovechar y tener en  
cuenta tus avisos. (Se aleja y llama á parte á  
Bonnivard, un poco hácia la izquierda.)

CIGOGNE. Calla, calla! y que pronto que ha  
prendido la mecha!

PECOLAT (á Bonnivard.) Mi querido señor  
Bonnivard, tengo confianza entera en vos y es  
preciso que os hable sobre la marcha. Estoy  
comprometido en el negocio de Servet; pero  
en gran manera comprometido.

BONNIVARD. Mi querido Pecolat, ya sabeis  
que os soy enteramente adicto.

PECOLAT. Ninguna duda me queda... Entrad  
en ese gabinete, donde podremos hablar sin  
testigos... Os lo contaré todo... Entrad, que al  
momento me reuno con vos. (Bonnivard entra  
en el gabinete de la izquierda. Pecolat cierra  
la puerta trás de él y retira la llave.)

CIGOGNE. Toma! y le ha encerrado!

PECOLAT. Este gabinete no tiene salida... y  
va uno! (Llama con señas á dos criados, y les  
habla en voz baja señalándoles á Cigogne.)

CIGOGNE (á si mismo.) Suprimido ya Bon-  
nivard, quedo yo un hombre indispensable, y  
el señor Calvino... (Los criados se precipitan  
sobre Cigogne y se lo llevan por la derecha.)

CIGOGNE. Eh! ¿qué es esto?... qué es lo que  
intentais?

PECOLAT. Silencio, miserable, ó te hago mo-  
rir á palos. (Cigogne desaparece.)

## ESCENA III.

Los LIBERTINOS, PECOLAT.

(Los libertinos que estaban agrupados en el  
fondo del teatro bajan á la escena por ambos lados  
de modo que Pecolat se encuentra en el centro.)

PECOLAT. Hablad, señores. Solos estamos.

PEDRO AMEAUX. Mi querido Pecolat, los sí-  
dicos han contestado formalmente á Berthelien,  
que solo cederian á la fuerza y que contaban  
con el apoyo de buenos ciudadanos. Ahora,  
bien, esos buenos ciudadanos, es decir, la es-  
coria de aventureros, á quienes han hecho ciu-  
dadanos de Ginebra, son en número de cinco  
mil, cuando nosotros somos apenas quinientos.

PECOLAT. Sí, pero ellos apenas tienen armas.

PEDRO AMEAUX. ¿Y tú tienes acaso para dar nos?

PECOLAT. Qué más?

PEDRO AMEAUX. Qué más? nuestros enemigos son hábiles. Mañana publicarán el extracto de los papeles encontrados á Servet, — mañana esos papeles le convencerán de la más horrible herejía y no faltará ya nada más para que la ciudad tome partido contra él y... nosotros.

PECOLAT (con desaliento.) Oh! Servet! Servet!

PEDRO AMEAUX. Para salvar á Servet se necesitarían milagros; primero que las pruebas que puedan obrar en su contra, fuesen anonadadas; en seguida que la Providencia nos enviara armas... (La puerta del fondo se abre lentamente y aparece en el umbral una mujer velada.)

## ESCENA IV.

LOS MISMOS. LA MUJER VELADA.

LA MUJER VELADA. Os faltan armas, decís?... Las tendreis... Por lo tocante á la cartera de Miguel, aquí os la entrego.

PEDRO AMEAUX. Una mujer aquí! por dónde ha entrado!

BERTHELIER. Quién sois, señora! Hablad.

PECOLAT (Ap.) Miguel tenía una llave, lo adivino. (Bajo á Ideleta.) Sois Ideleta de Bu-

res. (Alto.) Señores, conozco á esta mujer, respondo de ella. Os escuchamos, señora.

IDELETA. Mañana al amanecer una barca debe abordar tras de la casa de Cigogne, el t... bernero. Esta barca contiene pólvora y arma...

BERTHELIER. Cigogne!

PECOLAT. Sí, es un traidor. Un momento he ce que le he hecho cojer y encerrar. Ya ve pues, que dice verdad esta mujer. ¿Qué más señora?

IDELETA. Conviene que esta cartera vuelva poder de Servet. Los papeles que contiene e... tán llenos de notas escritas por su acusador.

PECOLAT. Le serán devueltos estos papeles. Respondo con mi cabeza.

IDELETA. Bien está. Solo una palabra. C... vino es poderoso, Calvino está rodeado de f... les; él es quien acusará á Servet y tal vez e... cuentre para vencer recursos desconocidos. pesar de todos vuestros esfuerzos, Servet pu... de sucumbir.

PICOLAT. Oh! si Servet sucumbiese...

IDELETA. Si sucumbe, debe ser vengado. (libertinos hacen un movimiento.) Regalo regalo, señores. Os faltaban armas, os las e... pero para mí la sublevación. Me hace falta Adios. (Se aleja.)

BERTHELIER. Pecolat, dínos cuál es el nombre de esa mujer.

IDELETA (volviéndose.) Mi nombre! tengo uno que no hay inconveniente en d... roslo — Me llamo la cólera. (Desaparece.)

## CUADRO SEXTO.

### La conspiración.

Á la derecha la casa de Cigogne (fachada opuesta á la del segundo cuadro) puerta de entrada se abre sobre una escalera de tres gradas que baja á un estr... ribazo. El lago. Al fondo las costas de Saboya. Una barca de vela latina está an... rada al ribazo. Son las tres de la mañana. — Debajo la escalera la puerta de bodega.

## ESCENA PRIMERA.

PECOLAT, CIGOGNE, BERTHELIER.

(Aparece Pecolat seguido de Cigogne, al cual sigue Berthelien. Pecolat y Berthelien es-

tán envueltos en su capa y bajan al rib...

PECOLAT. Oiga! Nunca nos habias dicho tu casa tuviera una salida secreta al lago.

CIGOGNE. Habrá sido un olvido, mons... un olvido.

PECOLAT. El caso es, maese Cigogne, que encuentras prendido en tus propias redes.

CIGOGNE. Señor Pecolat, soy jugador hon- to. Vuestra es la partida y líbreme Dios de putaros las fichas.

BERTHELIER. Y quién te dice, bribon, que una estas fichas no sea tu vida?

CIGOGNE. Ay! mis buenos señores, demasia- sé que mi vida está en vuestro poder, y la abandono, ya que no puedo hacer al con- vicio. Considerad, sin embargo, que mi vida un instrumento, el cual solo yo me hallo estado de manejar con alguna habilidad, y no podrá seros útil sino me dejais á mi posesion. Cuando se apodera uno de un ca- ¿no vale mas volverle contra el enemigo enclavarle en el sitio?

PECOLAT. De manera que el ingenioso Ci- gogne está dispuesto, ahora que hay de por tío su piel, á vender á Juan de Noyon en vecho de los libertinos?

BERTHELIER. Lo mismo que hacia ayer, ca- niente, vendiendo á los libertinos en pro- no de Juan de Noyon.

CIGOGNE (*compunjado.*) La política tiene percances.

BERTHELIER. Miserable!

PECOLAT. No te arrebatas, Berthelien. El no no carece de buen sentido y quiero se- su consejo. Oid, maese Cigogne, mien- aguardais el momento de ser ahorcado, lo no puede tardar en suceder, y lo que os o de todo corazon, atendido que el cadal- frece una de esas posiciones elevadas que tiene á gentes como vos....

CIGOGNE. A la verdad, monseñor, me hon- demasiado....

PECOLAT. Nó, nó, maese Cigogne, subireis uesto y rango que mereceis, aun cuando ra yo que favoreceros un poco. Pero tras aguardamos que vuestras virtudes os ean de tan eminente puesto, vais á decir- i la que veo allí, amarrada en la sombra, embarcacion que el señor Calvino ha venir clandestinamente no sé de donde-- go que de Lausana—cargada de pólvora, xinas y otras máquinas para introducirnos oco de plomo en la cabeza, á nosotros idos y calaveras?

CIGOGNE (*balbuceando.*) Eh?... ¿qué quereis ? una embarcacion.... mosquetes!...

BERTHELIER (*sacando una pistola de su cintu-* Responde sin retórica ó te abraso los sesos.

(*Cigogne mira á Berthelien, se vuelve en seguida y encuentra la boca de la pistola de de Pecolat.*)

PECOLAT. Sí, querido Cigogne, sí, nos ve- remos en la dura y precisa necesidad de....

CIGOGNE. ¿Quereis hablar de esta embarca- cion amarrada al ribazo?

PECOLAT. Sí, amarrada al ribazo.

CIGOGNE. Debe contener ciento cincuenta mosquetes sacados del arsenal del castillo de Morges y á mas cien quintales de pólvora y diez millares de balas. En el momento que yo arroje cierto grito convenido, pero que ig- noro....

BERTHELIER. Cómo! qué ignoras?

CIGOGNE. Sí, la persona que debe indicár- melo, no ha llegado todavía.

PECOLAT. Ah! la persona.... Y bien, así que tú hayas lanzado ese grito?...

CIGOGNE. Dos marineros de este buque des- embarcarán las diversas mercancías que con- tiene, las cuales haré yo transportar á una bo- dega de la que aqui teneis la entrada.

PECOLAT. No sé si eres tú de mi parecer, Berthelien, pero me parece que Cigogne res- ponde con bastante franqueza. Me gustas, Ci- gogne, y si me lo permites voy á hacerte otra pregunta.

CIGOGNE (*señalando la pistola.*) Siempre por medio de esta bocina?

PECOLAT. Siempre. Si no recuerdo mal, has- me dicho que el señor capitán general te habia dado un pase para que sirviera de orden al alcalde de la prision de L'ile, y que todas las mañanas envias allí á tu sobrina con una ces- ta de provisiones?

CIGOGNE. Que vende á los prisioneros du- rante la hora que se pasean por el patio, sí, monseñor.

PECOLAT. Irá tambien esta mañana tu sobri- na á la cárcel de L'ile?

CIGOGNE. Acostumbra á ir todas las mañanas al amanecer y la estoy aguardando ya para ello.

PECOLAT. Ah! nó está aquí, María? Pero es una niña, y si está ausente no vendrá sola.

CIGOGNE. Así lo supongo.

PECOLAT. ¿Y quién supones tú que la acom- pañará?

CIGOGNE. Yo.... qué sé!

BERTHELIER (*montando su pistola.*) Cigogne, el señor Pecolat y yo empezamos á no estar satisfechos de tus respuestas.

CIGOGNE. Aguardad.... aguardad.... supongo que será el mismo señor Calvino quien la acompañe.

BERTHELIER. Por fin!

PECOLAT. ¿Y es el señor Calvino quien debe darte el santo y seña para que lo transmitas á los marineros de la barca?

CIGOGNE. Monseñor....

PECOLAT. Reasumamos, Cigogne, porque en todos los negocios es preciso entenderse. El señor Calvino va á llegar, te dará la señal convenida, llamarás á los marineros, se acercarán estos, descargarán sus mercancías, las cuales serán cuidadosamente depositadas en esta bodega. Después de lo cual, tú cerrarás la bodega y me darás la llave. Es esto, nó es verdad?

CIGOGNE. Cómo, ¿qué es esto? ¿Quereis que os entregue á vos la llave de la bodega?

PECOLAT. Vamos, bien nos pasarás este pequeño capricho al señor Berthelier y á mí.

CIGOGNE. Y ¿qué hareis de la llave?

PECOLAT. Qué te importa, puesto que así que estén depositadas las armas y haya partido el señor Calvino, te conduciremos otra vez á mi casa, donde continuaremos guardándote con centinelas de vista?

BERTHELIER (*que ha subido al fondo.*) Cigogne, ¿qué es esta mancha negra que distingo allá abajo deslizarse por el agua y que parece dirigirse hácia este lado?

CIGOGNE. Una mancha negra?

BERTHELIER. Sí, allí, ahora cabalmente entre la sombra de aquellas dos casas.

CIGOGNE. Alguna lancha sin duda. No distingo perfectamente.

PECOLAT. No importa. Si es aquí á donde se encamina, demasiado lo veremos. Entretanto, mi buen Cigogne, vamos á entrar y mudaremos de traje, porque sino me engaño, tú llevas aun tu vestido de baile y no es este un traje conveniente para recibir al señor Calvino. Por lo que toca á nosotros, para que podamos vijilar el desembarque, nos prestarás á cada uno un capote y un gorro de lana. Pasaremos por criados tuyos.

CIGOGNE. Cómo! quereis....

PECOLAT. Sin duda, y en tanto que el señor Calvino te hable de sus negocios, te tomarás la molestia de contestar en voz alta para que podamos oírte. Te advierto esto, por el interés que me inspiras.

CIGOGNE. (*Ap.*) Lo que es de esta no me

escapo.

BERTHELIER. Aquí es decididamente donde se dirige la lancha. Despachaos, tiempo es y de entrar.

(*Cigogne da algunos pasos para entrar primero, pero los otros se lo impiden y entran en la casa colocándole en medio.*)

## ESCENA II.

CALVINO, MARIA.

(*Aparece una lancha por la izquierda conducida por María. Calvino está sentado en popa. María salta á la orilla y ayuda á Calvino á bajar.*)

MARIA (*amarrando la lancha.*) ¿Quereis que vaya á despertar á mi tío, padrino?

CALVINO. Todavía nó, tengo que hablar (*Aparte.*) Loado sea Dios... la barca ha llegado sin obstáculos.

MARIA. Dispensadme, padrino mio, pero cidme antes: ¿quereis hablarme ó hacerme hablar?

CALVINO. ¿Qué quieres decir?

MARIA. Es que ya veis, padrino mio, si os cuento historias para divertirlos, es á condición que no hagais llorar á mi madrina.

CALVINO. Tienes razon, hija mia. Tu madrina es una santa mujer á quien es preciso dar pesadumbres. Y dices que lloraba mucho.

MARIA. Ay! habia para partir el corazón.

CALVINO. Y ¿cómo ha pasado el resto de la noche?

MARIA. No puedo saberlo porque acababa de sonar la queda, cuando me mandó irme á mi aposento y acostarme. Estaba aguardando mucho tiempo al señor Donatien quien queria hablar, pero viendo que no venia, resolvió entrar en vuestro cuarto. Era muy entrada la noche. Se levantó de su cama entonces fué cuando mandó retirarme mientras que yo subia á mi aposento, encaminarse á vuestro gabinete... Vamos allá que ya estoy charlando otra vez.... Dime, ¿quereis que vaya á despertar á mi padrino?

CALVINO. ¿Y no la has vuelto á ver? Te acordado, te has dormido y nada mas sabes.

MARIA. Nada mas sé... quereis que vaya?

CALVINO. Sí, anda á decirle que se despierte porque no tardará en aparecer el dia.

(*María entra en la casa.*)



## ESCENA III.

CALVINO, solo.

Ha venido á mi gabinete ayer noche, desde de la queda... En efecto. me parece que una sombra durante mi sueño. Una voz me bló... Es extraño! cuando he salido de mi es-  
por, la lámpara habia dejado de arder. He lo pasar por debajo de mis ventanas al vi-  
ante nocturno. Eran las tres de la madru-  
He vuelto á encender mi lámpara, he ar-  
ado una mirada á la mesa... habian desapa-  
ido! Esos papeles, esa cartera, esas notas  
mas que estaba yo escribiendo, nada, nada!  
ados! misterio y traicion. (*Se pasea á pa-  
precipitados.*) Pedro pretende que se ha  
mido, que nada ha visto... Desconfío tam-  
n de Maria... Puesto que nada quiere decir,  
señal que guarda un secreto...

*Queda sumergido en una profunda medita-  
..)*

## ESCENA IV.

CALVINO, CIGOGNE, PECOLAT, BERTHELIER.

*Estos dos últimos van vestidos de mozos de  
uberna y se colocan en el fondo del teatro  
á derecha y otro á izquierda. Pecolat lle-  
n la mano una linterna.)*

CIGOGNE (*en voz alta á Calvino*). Aquí es-  
señor.

CALVINO (*haciendo un movimiento*). Eh! po-  
poco! no es cosa de hacerse oír de to-

CIGOGNE. Es preciso llamar á los marineros?

CALVINO. Sí, despáchate.

CIGOGNE. El santo y seña?

CALVINO. Por Dios y por la patria.

CIGOGNE. Hohé! de la barca. Por Dios y por  
patria, avanzad.

PECOLAT (*repitiendo*). Por Dios y por la pa-  
avanzad!

CALVINO. ¿Quién es ese hombre?

CIGOGNE. Uno de mis dependientes á quien  
do el encargo de vigilar el desembarque.

CALVINO. ¿Estás seguro de tu gente?

CIGOGNE. ¿De esos dos?... Oh! les conozco...

CALVINO. Respondes de ellos con tu cabeza?

CIGOGNE. Con mi cabeza?... sí, monseñor,  
mi cabeza, esto es... Pero, con vuestro  
so iré á abrir la puerta de la bodega.

*tanto que Cigogne abre la puerta, los  
eros han bajado un puente de tablas y*

*han ido saliendo del buque llevando cajas sobre  
su espalda. Uno de ellos, teniendo en la mano  
un farol, ha sido el primera en bajar á la bo-  
dega.)*

CIGOGNE (*á Calvino*). ¿Nó ireis vos mismo á  
examinar las... mercancías?

CALVINO (*que ha sacado su cartera*). Sí, al  
momento... Manda acercar á uno de esos hom-  
bres con luz.

CIGOGNE. Hola! Acercad vuestra linterna.  
(*Pecolat baja la escena y alumbra á Calvino.*)

CALVINO. Inclínate un poco para que escriba.  
(*Cigogne obedece y presta su espalda á Cal-  
vino que se sirve como de un pupitre.*)

CALVINO. Cigogne?

CIGOGNE. Monseñor?

CALVINO (*escribiendo*). Esta carta es para  
Simon Potin, el alcalde de la torre de L' Ile.  
¿Irá Maria á llevar provisiones como de cos-  
tumbre?

CIGOGNE. Sí, monseñor.

CALVINO (*cerrando la carta*). La confia-  
rás esta carta sin decirla que viene de mí, y  
la encargarás que la entregue á Simon.

(*Le da la carta.*)

CIGOGNE. Se hará así, monseñor.

CALVINO (*á Pecolat*). Está bien. Retírate.  
(*á Cigogne*)—Es indispensable que esta carta  
sea entregada al alcalde de las cárceles antes  
que nadie haya podido penetrar en ellas prime-  
ro que Maria. Así, pues, date prisa, que parta  
en seguida. — Yo voy á vigilar el arreglo de  
mis cajas.

PECOLAT (*asi que ha desaparecido Calvino.*)  
La carta?

CIGOGNE. La... la carta?

PECOLAT. Sin titubear, vive Dios!

CIGOGNE. Aquí la teneis..... aquí la teneis.  
(*Aparte.*) Me queda á lo menos el consuelo de  
saber que si no soy ahorcado por estos, no me  
escaparé de las garras del otro.

PECOLAT. Haz bajar á tu sobrina.

CIGOGNE. Voy, monseñor. (*Llamando desde  
el pie de la escalera*) Maria.... eh! Maria!  
(*Quiere entrar en la casa pero se lo impide  
Berthelieer amenazándole.*)

MARIA (*dentro*). Allá voy, tío, allá voy!

PECOLAT (*leyendo la carta d la luz de la  
linterna.*) «Señor Potin, os mando registrar á  
«Maria, y enviarme sin pérdida de tiempo lo  
«que la encontreis, ya sean cartas ó papeles.»  
(*A Cigogne*). Cigogne, haced que se acerque  
vuestra sobrina.

## ESCENA V.

PECOLAT, MARIA, CIGOGNE, BERTHELIER.

PECOLAT. Hija mia, ¿visteis ayer, en el patio, á dos hombres, uno de los cuales vestia el hábito de hermano suizo?

MARIA. Ah! ese pobre señor Servet.

CIGOGNE (*aparte*). Oiga! mira la aturdida!. . Nada se la escapa.

PECOLAT. Le reconocereis entre los prisioneros del castillo de L' Ile?

MARIA (*mirando à Pecolat. Aparte.*) Calla! y es el otro! el señor Pecolat!

PECOLAT. Le reconocereis, nó es cierto?

MARIA, Sí, señor.

PECOLAT (*sacando un paquete de su bolsillo*). Pues bien, aquí teneis un paquete cerrado que hareis llegar á sus manos sin que nadie se aperciba de ello. Es vuestro tio, el señor Cigogne, quien os lo encarga. Nó es verdad, Cigogne?

CIGOGNE. Oh! sí, indudablemente... pero estad seguro que la registrarán.

MARIA. Cómo se entiende registrarme! Toma! quisiera verlo! Simon Potin me habla algunas veces de la consigna, pero es un pretexto para que sus manos anden sueltas. Yo me escapo y le dejo con un palmo de narices.

CIGOGNE (*bajo à Maria*). Necia!

BERTHELIER (*separando à Cigogne*). Nada de apartes!

(*Berthelier durantè esta escena debe colocarse de manera que pueda acechar la escalera de la bodega.*)

PECOLAT. Bien, hija mia. Tomad, pues, este paquete, como os lo pide el señor Cigogne, y así que hayais reconocido al señor Servet, acercaos con precaucion y dádselo sin que nadie lo vea.

MARIA. Que le entregue.... esto? (*tomando el paquete.*)

PECOLAT. Sí, hija mia, y no olvidéis que vá en ello la vida de dos personas, la del señor Servet primero y la de vuestro tio en seguida. ¿Nó es verdad, Cigogne?

MARIA (*metiendose el paquete en su bolsillo*). Dios mio! será cierto?

CIGOGNE. Sí, sí, perfectamente cierto, puesto que el señor os lo dice (*aparte*). Este hombre es el demonio.

BERTHELIER (*acercándose*). Silencio! vuelven los marineros.

PECOLAT (*à Maria*). Cuento con vos!

MARIA. Podeis contar, si señor.... Ah! en mi lengua, mi lengua! y decir que ella es la causa de todo!

## ESCENA VI.

DICHOS, LOS MARINEROS, CALVINO.

(*Los marineros vuelven á su embarcacion.*)

CALVINO (*cerrando con doble llave la bodega*). ¿Vais á las cárceles de la torre, Maria?

MARIA. Sí, padrino mio.

CALVINO. ¿Os ha dicho vuestro tio que tenéis que confiaros una carta?

MARIA. Una carta?... sí...., en efecto, una carta.

CALVINO. Ejecutad puntualmente sus órdenes y no olvidéis nada de lo que os mandan hacer.

MARIA. Oh! perded cuidado.. nada... no olvidaré nada.. ya que vos me lo mandais tan bien. (*yéndose*) Maldito si entiendo una palabra... (*Entra en la casa.*)

## ESCENA VII.

DICHOS, menos MARIA.

CALVINO (*bajo à Cigogne*). Es menester mañana á la noche hayan quedado distribuidas esas armas. No te muevas de aquí, vigila tu casa y aguarda mis órdenes.

CIGOGNE. Está bien, monseñor.

CALVINO (*dándole la llave de la bodega*). Sabes que respondes con tu vida de lo que cierra esa bodega.

(*Se aleja con direccion á su lancha.*)

BERTHELIER (*que está junto à Cigogne*). ¿Llave?

CIGOGNE. Por piedad!.. ya lo habeis oido en ello mi vida!

BERTHELIER. Nada de réplicas! la llave (*Cigogne le entrega la llave haciendo un gesto de desesperacion.*)

CALVINO. (*De pie en la lancha; uno de los marineros ha entrado en ella y se ha apoderado de los remos. Sale el sol.*) Hermanos! saludemos el dia que comienza.

CIGOGNE. Dios sabe como acabará para todos (*se descubren y arrodillan*)

CALVINO. Señor, dadnos la fuerza suficiente para emplear este dia en provecho de la buena causa.

PECOLAT. Emplearemos este dia, oh señor, en provecho de la buena causa.

(*La lancha se aleja*)

## CUADRO SÉPTIMO.

### El acusador.

Una sala baja y abovedada llamada sala de la cárcel y que precede la entrada de los calabozos de la torre de L'ile. Al fondo una alta y ancha puerta principal por donde se percibe el patio, resguardado por las fuertes murallas del castillo. Á la derecha una puerta rebajada que abre paso al calabozo de Servet. Á la izquierda una puerta del mismo estilo, que es la del calabozo de Donato; este calabozo figura abrir la luz por una ventanilla enrejada, abierta á algunos pasos del suelo.

#### ESCENA PRIMERA.

MARIA que entra corriendo, su cesta bajo el brazo, seguida de SIMON POTIN que la persigue.

SIMON. Ah! picaruela, yo me vengaré!

MARIA (riendo). Dejadlo para otra vez, mi querido amigo. Creedme, no os acaloreis así; los corredores son húmedos y mal sanos. SIMON (alegremente). Bueno, bueno; á lo me registraré!

MARIA. Bah! Lo creéis así?

SIMON. Y mi consigna? No debo acaso registrar á todas las personas, sea cual sea su sexo. Yo iré á ver al mismo señor Calvino... Tal es la orden.

MARIA. Ah! es la orden! Pues bien, vamos como ejecutais esta orden conmigo! De modo que yo puedo deciros lo que encontrareis.

SIMON. Y ¿qué es lo que encontraré?

MARIA. Bofetones.

SIMON (mirándola tiernamente). Mejor que otra cosa.

MARIA. Lo siento en el alma, amigo mio, pero es todo lo que me puedo atrever á ofreceros.

SIMON. Verdad es que un bofetoncito de una pequeña mano es capaz de exaltar á uno... y qué manecita tan linda... Terciopele co-rosa.... sí, vota vá! verdadero terciopelo.

MARIA. Me da ademan de quererla besar. María le da un bofetón.

MARIA. Y van dos!

SIMON (exasperado). Ah! pues lo que es tanto peor, registraré.

MARIA se escapa y da vueltas al rededor de los bancos de madera que ocupan la escena.

SIMON (siguiendo). María se escapa y da vueltas al rededor de los bancos de madera que ocupan la escena.

SIMON (siguiendo). María se escapa y da vueltas al rededor de los bancos de madera que ocupan la escena.

SIMON (poniendo mano á la cesta y apoderándose). Bueno, tengo ya el cuerpo del delito, corpus delicti, como dice maese Colladon.

MARIA (aparte). Anda, sí, registra cuanto quieras.

SIMON. Empezaré por asegurarme de que, cobarde y traidoramente, no hayais querido introducir aquí algun licor sospechoso, inmoral y peligroso, mas bien hecho para los peces que para los hombres. (Saca una botella, la destapa y bebe).

MARIA. Calla! y lo hace como lo dice.

SIMON (paladeando). Examino... investigo... tal es mi consigna.

MARIA. Será vuestra consigna, no lo pongo en duda, pero os ruego que no la cumplais con tanto celo.

SIMON. Las órdenes son severas. (Vuelve á beber).

MARIA (que ya no rie). Eh! quereis estaros quieto.

(Hace un gesto para impedirle que beba. Simon la coje por la cintura).

SIMON. Ah! ah! lo que es por esta vez no os suelto. Quereis capitular? O bebo ó abrazo! Tal es mi determinacion.

MARIA. Potin, se lo diré á mi tio.

SIMON. O bebo ó abrazo, no salgo de aquí. Veamos, pronto, pronto, decidios: Bebo? Abrazo?

MARIA (riendo). Qué bestia, Dios mio! como si yo no prefiriera dejarme robar algo, antes que permitir que le roben á mi tio.

SIMON (abrazándola). Ah! perla de las sobriñas; esto es lo que se llama ganar el cielo. (Déjase oír la campana de la cárcel).

MARIA (recogiendo su cesta). Sí por cierto.

y debiera contármeme como acto de contrición. ¡Qué desgracia que hayan abolido las indulgencias!

(Un llavero atraviesa la escena y abre los calabozos.)

SIMON. Pero, qué fortuna que hayan quitado la confesion! A propósito, ya lo sabeis, no podeis estaros aquí, en la torre.

MARIA. Y desde cuando?

SIMON. Desde la órden del capitan general; debeis iros á instalar abajo, en el patio, junto á la reja. Vamos, vamos, despáchemos.

(Arrastra consigo á Maria que opondrá algunas dificultades. Se ve por la puerta del fondo á los prisioneros que empiezan á pasearse por el patio.)

## ESCENA II.

SERVET, en seguida MARIA.

(Servet sale de su calabozo y se sienta en un banco que está á la puerta de su prision.)

SERVET. Mañana, dicen, es cuando debo comparecer ante el consejo.... Bah! Todo está terminado. Me han encontrado mas pruebas de las que necesitaban!.. Pero y ese niño en cuya frente no habré podido inprimir mis labies.... Morir sin verle... sin conocerle... Morir!

MARIA (volviendo á aparecer en el fondo). Él es! (A media voz) Pst! Pst! Señor Servet!

SERVET. Quién me llama? qué me querrá esa jóven?

MARIA (con voz de vendedora). Hermosos quesos de Basilea, á seis dineros! Panecillos de manteca, vino de Ivornia de superior calidad!.. Un vaso de vino de Ivornia por dos sueldos! (Saludando á Servet.) Deseais algo, señor?

SERVET. Cielos! es la jóven que vi ayer en casa de Ideleta!

MARIA. Aquí teneis un paquete que me han encargado entregaros (Le dá el pliego). Tomadlo... aprisa!.. aprisa!.. Tiemblo porque no me vean... es de parte del señor Pecolat. (Corre á la puerta y se pone en acecho). A seis sueldos los quesos de Basilea! Escelente vino de Ivornia á dos sueldos el vaso! Quién quiere mas?

SERVET (que ha abierto el pliego). Mi cartera!.. mis papeles!.. Dios eterno! Estos son... estos; ni siquiera falta una hoja, ni siquiera una nota! Oh! Calvino, Calvino, ahora soy invencible!

MARIA (en el fondo de la escena). Vienen...

ocultad todo esto! Hermosos quesos de Basilea á seis dineros!.. panecillos de manteca!..

SIMON (que llega apresurado). María, ya sabeis que no es este vuestro puesto. Debeis ir á los calabozos allí, junto á la puerta. Parece que vamos á jugar! Toda mi vida la paso corriendo tras vos.

MARIA. Pues yo no os imito por cierto, pero que paso la mia en huiros. (Se escapá).

## ESCENA III.

SIMON POTIN, SERVET.

SIMON. Ah! loquilla! ya me las pagarás las juntas! (à Servet) Perdonadme, señor pero no podeis permanecer en esta sala. Entrad en vuestro calabozo ó idos á pasear con otros prisioneros por el patio.

SERVET (muy agitado). Sí, sí, ya lo sabeis me lo ha dicho vuestro llavero. El acusado de mi causa está aquí desde ayer noche... Es donde está... aquella ventanilla da á su calabozo, segun creo!

SIMON. Si señor, y queriendo pasearse aquí, al abrigo de todas las miradas, ha encontrado que antes se alejara todo el mundo.

SERVET. Oh! no me admira! Un tan interesante personaje! — Creo que os llamais Simon Potin.

SIMON. Para serviros, si señor.

SERVET. Pues bien, mi querido señor Potin tratad de procurarme una entrevista con el acusado.

SIMON. Estais en vos!

SERVET. Oh! no debe sobresaltarse por la justicia. Ambos á dos tenemos nuestra cabeza comprometida en el negocio, y con salvacion del uno nace de la pérdida del otro. no debe temerse que nos entendamos para ponerlo. Decidme, ¿se oponen á ello vuestras órdenes?

SIMON. Nó precisamente, pero es necesario que esta entrevista sea efecto de un consentimiento recíproco.

SERVET. Y bien! Mi parte contraria cree que no pedirá otra cosa que alimentarse con el espectáculo de su víctima. Pardiez! los antiguos héroes, antes de empuñar la espada, se cubrían con la voz, se median con la vista. Señor Potin, id á decir á mi acusador que le hablo.

SIMON. Entraos en vuestro calabozo; el acusado va á salir del suyo, y si consiente en ser veros...

SERVET. Me introduciréis cerca de él. Gracias, mi querido señor Potin. (*Aparte con aire triunfo.*) Ah, Calvino! has abierto un abismo a mis pies. Pues bien, yo te prometo que cerrará sobre tu cabeza (*Entra en su calabozo.*).

#### ESCENA IV.

SIMON POTIN, *solo.*

¡Ay! pues no es poco lo que pretende!.. No, qué diablo! yo nada arriesgo... cuanto más ahullen uno contra el otro ambos dogos, tanto más gusto se devorarán después. Sedosa de verles en el tribunal! (*Abre el calabozo de Donato.*) Podeis salir, señor! No hay e.

#### ESCENA V.

DONATO, SIMON POTIN, *en seguida* SERVET.

DONATO (*saliendo*). Habeis tenido cuidado de cuidar de aquí á la jóven que acostumbra frentar esta prision?

POTIN. Y no ha costado poco trabajo por ella. Es una muchacha endiablada.

DONATO. A propósito. Aguardo importantes noticias que debe remitirme el señor Calvino...

POTIN. Se os entregarán tan pronto como yo reciba... (*Acercándose*). Quisiera deciros...

¡Ay uno... me parece que es un original... una palabra, es vuestro acusado, Miguel...

Está en persona, maldito hereje, y por cierto no quisiera estar yo en su pellejo! Es pues un famoso criminal el que ha pedido veros y...

...ros.

DONATO (*estremeciéndose*). ¡Verme! ¡hacerme! Es imposible! Hasta mañana debe ignorar todo el mundo quien es el acusador.

POTIN. ¡Oh! En cuanto á esto podeis permanecer tranquilo... el buen hombre se halla...

...ruido y á menos que lo diga á las paredes del calabozo...

DONATO. (*Ap.*) Si me niego á ello, pensará que tengo miedo... que le temo... (*En voz.*) Id á manifestarle que estoy dispuesto á verle.

Simon se inclina y corre á abrir el calabozo. Servet; entra este precipitadamente y se acerca á Donato.)

SERVET. (*Ap.*) ¡Cielos! no es Calvino!

SIMON. Señores, voy á ponerme de acecho afuera, cerca de la puerta, á fin de que nadie venga á sorprenderos.

(*Mira fijamente al uno y al otro y luego se retira.*)

#### ESCENA VI.

DONATO, SERVET.

SERVET. Es esto un sueño... ¡qué! ¿sois vos quien me acusais?

DONATO. Soy yo, señor.

SERVET. Vos, á quien he salvado la vida!

DONATO. ¿Qué os lo que está diciendo?

SERVET. Aquel hermano, aquel hombre... que ayer en la plaza se arrojó ante vos para libraros del furor de una turba de asesinos que tenían levantado el puñal para atravesar vuestro corazón... ¡qué! no reconocéis!

DONATO. (*Ap.*) ¡Oh Dios mio! (*Alto.*) Sí, ya os reconozco ahora, y hoy, lo mismo que ayer, os doy gracias y os tiendo la mano. A vos debo la conservación de una vida que, indiferente de aquí en adelante respecto á las cosas mundanas, se consagrará enteramente á Dios.

SERVET. ¡Estraña fatalidad! Dos hombres nacidos en dos puntos del globo, separados quizá por encumbrados montes y por la estrechidad de los mares, dos seres del todo desconocidos, el uno jóven, dichoso, apenas entrado en la primavera de sus dias; el otro triste, achacoso, después de haber sufrido los más acerbos infortunios y próximo á padecer también los más horrorosos tormentos, estos dos hombres, repito, se encuentran y á la primera mirada que se lanzan, parecen experimentar un cambio sus dos almas; se aman al instante, sí, se aman, porque tú has derramado sobre mi miseria una lágrima y una limosna como yo he salvado tu vida que estaba amenazada... ¡Y todo es, Dios eterno, para venir á parar á una hora sombría, inexorable, en la que estas dos criaturas que quieren amarse y defenderse, van á odiarse y á sacrificarse mutuamente!...

DONATO. (*Ap.*) Dadme fuerzas, Señor!

SERVET. Tu nombre, ¿cuál es tu nombre?

DONATO. Ayer me llamaba Donato, hoy me llamo acusador!

SERVET. (*Acercándose á Donato.*) Acusador mañana, ¿porqué no habeis de ser hoy todavía Donato? Mañana vos y yo no seremos más que

dos palabras . dos ideas , dos quimeras tal vez , pero hoy somos dos hombres .

DONATO. ; Señor !...

SERVET. ; Ah ! Dios mio... ya sobraré tiempo para devorarnos los dos... Mirad ; Donato , de todo lo que he visto , de todo lo que he sufrido , no he sacado mas que una convicción , una sola , tal es la de que no es necesario apresurar los acontecimientos , poco importa arrastren consigo el triunfo , ó la derrota . La derrota es un desastre de mas y con frecuencia el triunfo una ilusión de menos .

DONATO. No digais eso , Servet , por cuanto yo marché al combate confiando en el Dios que guía mis pasos , y ufano por el señor que me ha confiado este cargo . No digais que no tardará en llegar la hora de la lucha... quisiera yo que en este mismo instante sonára... (*Sombrio y á si mismo.*) quisiera que el sacrificio estuviese consumado ya...

SERVET (*herido con el acento de estas últimas palabras.*) Pobre niño... ya sabes que soy un viejo soldado ; he combatido en Francia en tiempo de las grandes guerras anabaptistas , cuando la espada y la fuerza eran los únicos argumentos . Despues , cuando el acero reemplazó la palabra , cuando la persuasión y las doctrinas sustituyeron el fanatismo y el furor de partido , me armé tambien de la palabra y espuse veinte veces la vida , como voy á arriesgarla ahora . ; Ah ! Dios mio ! yo conocía bien todos los artificios , todos los ardides de esta esgrima en que los términos , las expresiones afiladas como puñales , se cruzan , se chocan , brillan , centellean y van á buscar el corazón . No ignoro tampoco que muy á menudo cuando la palabra que va á pronunciar los labios , debe dar la muerte ó la vida , la garganta se estrecha , la lengua queda como atada al paladar , el espíritu se perturba y la voz se amortigua... Ah ! es un horrible duelo .

DONATO. Duelo mil veces santo , duelo sublime y radiante , en que el justo tiene al mismo Dios que le auxilia :

SERVET. ; El justo?.. ; Sabes tú quién de nosotros dos es el justo? ; Oh ! no temas que pretenda añadir nuevas dudas á las que experimenta tu alma , pero debes advertir que tengo esta dolorosa experiencia que enseña á leer en los corazones , y lo que voy á comunicarte , tu conciencia ya te lo ha dicho . Tú eres jóven , entusiasta , intrépido , posees todas las nobles y generosas cualidades , todos los buenos sen-

timientos que inspiran la primavera de la vida siempre tan pura y tan hermosa , y consientes en esponer tu cabeza en defensa de las doctrinas de Calvino ! No puedo creerlo , no lo creeré jamás !

DONATO. Basta ! Insultar á mi maestro , es insultarme á mí !

SERVET. Mientes !

DONATO. ; Servet !

SERVET. Mientes , te digo ! Mientes porque á tu maestro le detestas ! le aborreces ! ; Oh ! perdon , perdon ; pero , ves , todo lo he adivinado , sí , lo he adivinado , porque te aprecia , no comprendo el motivo de este cariño , de este entrañable afecto , pero es así.—Y lo he visto lo estoy viendo aun , tú tienes una máscara una máscara que me oculta tu rostro y tus lágrimas . ; Oh ! Donato , puesto que uno de los dos debe morir , no nos odiamos al menos ; amémonos al contrario una hora , un solo instante y que mañana el vencido muera llorado por el vencedor....

DONATO. ; Oh Dios mio ! esa voz , esas palabras... Apártate , tentador .

SERVET. ; Donato !

DONATO. Retírate !

SERVET. ; Escúchame !

DONATO. Nada quiero escuchar , bastante oído ya . Yo amarte ! amar al sacrílego y blasfemo , al enemigo acérrimo de mi maestro y de mi Dios , amar á Miguel Servet !.. No soy un infame , ni un impío , comprendes ! á los infames los desprecio , á los impíos los maldigo .

SERVET. ; Ah !.. (*Una pausa.*) La maldición de este jóven me ha destrozado el alma . (*Acercándose á Donato.*) Donato , podeis en esta hora maldecirme , si es que pensais sea un crimen haber amado la humanidad , crimen del cual moriré sin avergonzarme . Sí , he combatido á vuestro maestro en nombre del amor y de la caridad , pues desde el dia en que él vino ha dicho : « El hombre no es libre » previsto que no faltarian otros espíritus dialécticos que fundados en esta doctrina , esclamarían : Es Dios quien ha hecho á los escogidos á los condenados ; respetemos á los escogidos que son los felices y los poderosos de la tierra y no nos compadezcamos de los ayes y lamentos de los condenados , que son los desgraciados y los pobres.—Y eso seria infame , porque el hombre es libre , sí , es libre , y los que le ligan de cadenas , los que le hacen soportar el peso de la miseria y de las lágrimas , no

los apóstoles, sino los enemigos del Eter-

DONATO. ¡ Servet! { *Da un paso hácia él y yo se detiene* }. Pero ¿ á qué vienen estas cuestiones?... Mañana cumpliré mi deber y nada más... Adios... necesito estar solo y recojirme. *Se aleja. Servet le mira y le llama* ).

SERVET. ¡ Donato !.. una palabra no mas. Yo sé qué es lo que me atrae hácia tu juventud y conmueve mi corazón al mirarte, cuando obstante, uno de los dos debemos morir, cuando el uno debe matar al otro. ¡ Ah! esto tan horroroso, es atroz; pero en fin es la ley; el cielo puede decidirlo. Mas una vez que es irrevocable, puesto que eres tú el que debe condenar, ó yo quien debe perderte, ¡ ve! : portémonos como héroes, hagamos como en otro tiempo lo hacian los gladiadores iban á morir por César.... abrázemonos. Donato vacila, mira á Servet, hace un momento y por último se arroja en sus brazos). ¡ Oh! ¡ un jóven, tan hermoso, esponerse á morir!.. ¡ en verdad ese hombre es muy cruel. ¡ Me voy, Donato, dime, si no fueses afortunado en la acusacion, si te sucediese una desgracia, si no tuvieses en fin otro remedio que la muerte, tienes una madre, nó es verdad? ¡ Me voy, derramaria abundantes lágrimas. Pensar en semejantes cosas es horrible por cierto, pero no importa, es preciso pensar en todo, prevenirlo todo... Dime el nombre tu madre...

DONATO. ¡ Mi madre! ¡ Ah! no tengo...

SERVET. ¡ Es muerta !..

DONATO. Muerta... no! madre mia! Vos me habéis pedido el nombre de mi madre! No me habéis dicho madre, sino una mujer, un ángel de la tierra que una mañana de invierno muy riguroso me recojió en el umbral de su casa. ¡ Oh! ¡ Me voy, llegase á morir y pudieseis vos conocerla, ¡ Me voy, lleve mi última lágrima y mi último suspiro con el nombre de la madre que Donato ha muerto bendiciéndola. Decidme que soy dichoso, que he volado al cielo, que voy á unirme con un mártir que fué mi padre.

( *En este momento toca la campana para que vuelvan á entrar los presos.* )

SERVET. Su nombre... ¿ cuál es el nombre de esta mujer?

DONATO. Es la esposa de mi maestro, es Ideleta de Bures...

SERVET ( *estremeciéndose* ). ¡ Ideleta de Bures! ¿ Y el nombre del mártir... el nombre de tu padre?

DONATO. El conde Villanueva.

SERVET. ¡ Villanueva!!!

( *Servet permanece un instante aterrado.* )

## ESCENA VII.

Los mismos, POTIN, ( *entra precipitadamente.* )

SIMON. Vamos, señor Donato.... apresuraos, sino quereis ser reconocido. Hé aqui á los prisioneros que van á entrar.

( *Entra Donato en su calabozo y cierra la puerta. Comparecen los prisioneros.* )

SERVET ( *quiere lanzarse hácia Donato, pero no encuentra mas que una puerta cerrada* ). ¡ Hijo mio!!! No; lo habré comprendido mal. ¡ Oh Dios mio! yo me vuelvo loco!!! ¿ Qué pruebas me será posible alegar?... Mi nombre de Villanueva está sepultado en Basilea, en la tumba de un ajusticiado...

SIMON, ( *yendo á la puerta del calabozo de Servet.* ) Señor Servet, es la hora ya, no espero sino á vos.

SERVET ( *sacando sus papeles* ). ¡ Ah! estos papeles... son toda mi defensa, no pueden menos de reportarme el triunfo.... pero han de causar indispensablemente para ello la muerte de Donato!..

( *Acércase con ansia al calabozo de Donato y por la ventanilla le arroja los documentos.* )

SIMON. Vamos, señor Servet, vamos adentro!

SERVET. Cúmplase mi destino, no quiero defenderme!

## CUADRO OCTAVO.

### Ideleta de Bures.

*La misma decoracion que en el cuadro tercero.*

#### ESCENA PRIMERA.

BONNIVARD , CALVINO ; IDELETA.

(*Ideleta está sentada á la derecha delante de la escena ocupada en su rueca triste y taciturna. Entra Calvino precipitadamente seguido de Bonnivard.*)

CALVINO. Es necesario vayas inmediatamente á la casa de la ciudad, y que á toda costa veas al primer síndico.

BONNIVARD. No ignorais, señor, que esta mañana he logrado salvarme por milagro, gracias al tumulto habido en casa de Pecolat. Toda la faccion de los libertinos se hallaba muy ajitada reunida en el patio, y no creo tarden en esparcirse por la ciudad; si por desgracia me encuentran, estoy perdido.

CALVINO (*sin contestarle*). Ah! me han robado las armas... las armas que me pertenecian! Son ladrones á quienes haré juzgar como traidores y reos de estado. Ese Cigogne! dejarse cojer como una zorra... Tamaña accion, tan negra perfidia, la pagará con la vida!... Oh! pero, no han vencido todavía... poco temor me inspiran; á otros mas fuertes y peores que ellos he calmado y dominado. Vé, pues, te repito, á la casa de la ciudad; que el síndico reuna al instante el consejo, que sin perder un solo minuto haga comparecer á Servet y sea juzgado inmediatamente. (*Mirando fijamente á Ideleta.*) Me place mucho esteis por aquí, señora.

BONNIVARD. Juzgar á Servet en momentos tan críticos, cuando hay una multitud furiosa y decidida á atropellarlo todo!... Ah! no tendrán valor para ello!

CALVINO. Diles que al primer toque de la campana de la catedral, reunan todo el consistorio, á los ancianos, á los doctores, á los diáconos y seglares, lo propio que á la fuerza armada, haciendo de presidente el capitán coronel; que corran todos á tomar asiento en la gran sala del consejo, con los veinte y cinco

consejeros y los miembros de los cincuenta que los cuatro síndicos con su principal, jueces, los municipales, todos los que ciñen espada ó empuñen una vara de justicia, báculo pastoral, todos, repito, acudan á aquel lugar; que los ciudadanos adictos á mi causa presten su pecho cual muralla y que entonces cuando estén todos reunidos y Servet en medio del consistorio, cuando toquen las campanas á rebato, me presentaré en el tribunal allí arriesgando todos los peligros, arrastrando sobre mi cabeza toda responsabilidad, asistiré á Servet y, si bien no podré alegar pruebas, le convenceré de todos los crímenes y delitos, invocaré sobre él la venganza de Dios al instante mandaré ejecutar la sentencia. Permanece tranquilo, Bonnivard, esta tarde me oirás anunciar el suplicio.

BONNIVARD. Y qué! tanta audacia mostrar

CALVINO. Audacia! Qué palabra habeis pronunciado? Yo obedezco la voz del Señor cuando el Señor me dice: Puedes herir, ejecuto. Ni tengo audacia, ni temor, ¿entiendes? Véte, véte, déjame en paz. (*Mirando á Ideleta.*) Véte, te digo. (*Bonnivard se inclina respetuosamente y sale.*)

#### ESCENA II.

CALVINO , IDELETA.

CALVINO (*á sí mismo*). Quiero por último hablar á esta mujer y ver si su silencio estallar mi cólera. (*Ideleta pálida, silenciosa y sombría prosigue en su ocupacion. Acércase á ella Calvino.*) Ya habeis oido, señora órdenes que acabo de dictar; he hablado vuestra presencia, porque queria persuadir que nada podria librar á Servet del justo castigo del cielo. Ese hombre ha blasfemado contra Cristo, ha escarnecido é insultado mi doctrina, ha venido á desafiarme aquí, en mi casa, ha atrevido á hablaros á vos, ha intentado



una revolucion en vuestra alma, en vuestro espíritu y en vuestras creencias, ha probado en fin deshonorarme... morirá, pues, morirá, os repito, y nada podrá salvarle, ni el engaño, ni la traicion, ni la violencia. (*Vá acercándose mas.*) Reflexionad seriamente, Ideleta; cierto Miguel, volveis á caer bajo mi poder, si así puedo espresarme, con el peso de mi resentimiento; preciso os es por tanto olvidar el presente, con el cual nada podéis, y pensar en el porvenir que vuestra cecidad y vuestra obstinacion os preparan. Ante mi sueño os habeis acercado á mi lado, y os habeis aprovechado de él para romperme á mán salva las pruebas de la herejía de Miguel, y desde este dia todos los medios he puesto en práctica, os he interrogado, os he amenazado, os he suplicado... Qué habeis hecho de esos papeles, de esos documentos! Donde están, devolvédmelos, yo los quiero, los necesito!... Pero nó, tambien sin ellos puedo alcanzar mi objeto, sí, puedo hacerlo, os diré haré condenar á Servet por el consejo que os daré sin pruebas; y advertid que no es suficiente para mí por lo que os las pido, es para vos misma, para vuestra salud en el cielo, para vuestro descanso en esta vida, para vuestra seguridad en mi tierra. (*violencia*)

IDELETA (*con voz tranquila*). En efecto, señoreis mucha razon en lo que decís, no ocultaros nada.

CALVINO. En fin, vas á decirme...

IDELETA. Voy á deciros donde están las pruebas que os he robado.

CALVINO. Donde están, dí?

IDELETA. Miguel las tiene.

CALVINO. Miguel!.. Miguel las tiene!.. Pero es imposible, habia tomado todas las medidas, todas las providencias...

IDELETA. Todas vuestras precauciones han sido burladas...

CALVINO. Y quién ha osado...

IDELETA. Yo!

CALVINO. Vos!

IDELETA. Yo, entendeis, sí; yo he ido á casa de Pecolat y le he confiado los papeles, habiéndole antes jurado que los entregaria á Miguel. Hallábanse reunidos allí todos sus amigos y habian armas, yo entonces me acordé de una palabra que por la mañana Cigogne me habia dicho, y les revelé al instante la hora y el lugar á donde debia llegar la barca que es-

perabais.

CALVINO. Vos habeis hecho esto!

IDELETA (*se levanta*). Sí, señor.

CALVINO. Pues entonces caiga la maldicion del cielo sobre tu cabeza!.. Entre tanto corro á frustrar todos tus planes y burlar tus venganzas, conforme tú te has burlado de mi justicia. Al instante Ginebra entera va á obedecerme y á levantarse en masa, y te juro por el Dios vivo que harémos á Servet terribles funerales. Adios!...

IDELETA (*corre á colocarse delante de Calvino con los brazos cruzados y erguida su cabeza.*) No saldreis de aquí, Calvino!

CALVINO. Como!

IDELETA. Os lo repito, no saldreis.

CALVINO. Cuál es vuestro proyecto?

IDELETA. Mi proyecto es el que no quiero que salgais de aquí.

CALVINO. Mujer, aparta, mira que es terrible mi cólera.

IDELETA (*con espantoso acento*). Y la mia! (*Con mas calma*). Oh! gritad tanto como querais, Calvino; esta mañana vos mismo habeis despedido á los vuestros para que fuesen á juzgar á Servet; por consiguiente nadie hay por aquí que pueda oiros, nadie que pueda venir á socorreros.

CALVINO. Señora, no sabeis lo que estais haciendo, y vuestro espíritu se halla alterado.

IDELETA. Qué no sé lo que me hago? Qué mi espíritu sufre algun estravío? (*Rie*). Nó, al contrario, vos sois el que no sabeis lo que os decís; considerad que todo lo tengo bien calculado. Ah! es verdad, yo no soy mas que una pobre mujer, que todo lo ignora, que no conoce á nadie, á quien ningun rumor de afuera llega á sus oidos. Hoy mismo he visto á vuestros enemigos, les he hablado, sé el número, yo misma estoy iniciada en sus planes y complicada en su conspiracion, y creéis buenamente que os permitiré salir para que vayais á encontrar á los vuestros, á fin de inspirarles y comunicarles todo vuestro veneno, á fin de fanatizar con vuestra presencia á esos escribas, á esos italianos y obligarles á hacer lo que sin vos ni siquiera soñarían?.. Oh! Calvino! conozco mejor que vos mismo todos vuestros recursos y toda vuestra política! A fé mia, seria bien necia si teniéndoos aquí, bajo mi mirada, bajo mi encono, bajo mi furor y mi poder, os permitiera que fueseis á poner en práctica vuestras siniestras intenciones, á eje-

cutar vuestros infernales designios! Nó, Calvino, no saldreis de aquí; el acusado no tendrá acusador; el proceso caerá por sí mismo bajo los silbidos y risas del populacho... Pero podeis darme gracias aun, pues os salvo la vida! (Las campanas empiezan á tocar.)

CALVINO. ¡Miserable! Piensa mas bien en la tuya... ¡Ah! es la guerra, es el ódio, es la venganza lo que me propones?... ¡Y bien! tanto mejor! necesitaba tambien envolverte en mi cólera! (Intenta salir, pero Ideleta se precipita hácia la puerta y le impide la marcha.)

IDELETA. Sí, es el ódio, sí, es la guerra, la guerra implacable y sin tregua. ¡Ah, infame! vos me habeis engañado, me habeis arrancado vilmente á mi fé, á mis amores, al esposo que Dios me habia dado. ¡Ah! de esta suerte me habeis tomado; yo sincera y fiel, yo sencilla y confiada he dado crédito á vuestras promesas y durante diez y seis años, diez y seis años de luto y de lágrimas, vos me habeis hecho desleal y adúltera... Sí, adúltera...—Oh! no vengais á oponerme aquí vuestros dogmas y vuestra iglesia, yo he nacido anabaptista y vuestro Dios no es el mio.—Sí, lo repito, vos me habeis hecho adúltera, porque Miguel vivia y vos lo sabiais; vos me habeis perdido, porque yo era buena y pacífica, y ahora me habeis convertido en un mónstruo, habeis alterado mis creencias y habeis causado en mí espíritu una revolucion moral. ¡Oh! insensato! insensato, que no te has acordado que esta mujer, cuyas convicciones, cuyas ideas pretendias desarraigat, es hija de los aldeanos de Suabia y de Franconia, que ha nacido de la sangre de tus víctimas y que su padre ha muerto heroicamente en el campo de batalla, ha muerto en Thuringe entre los combatientes de Munzer... ¡Ah! tú lo has olvidado, bien! ahora la esclava humillada y embrutecida bajo tu despótico yugo se levanta: el cordero se vuelve tigre y la mujer hombre!... (En este instante redobla el sonido de las campanas.) Y entretanto, todos los que odiais, todos los que aborreceis de muerte á ese hombre. corred, marchad por esas calles con la espada desnuda, venid, aquí está, inmóvil, caido en el lazo y detenido por una mujer; sí, detenido, te digo, porque nosotros nos hallamos solos, enteramente solos, frente á frente, tú temblando y pálido, yo serena y resuelta, tú con la desesperacion en el alma, yo con el ódio en el corazon y este puñal en la mano!...

(Hay una breve pausa, durante la cual cesan de tocar las campanas y reina el mas profundo silencio. Ideleta permanece en una de esas actitudes tranquilas, pero al mismo tiempo formidables que manifiestan la mas grande desesperacion. Calvino ha quedado inmóvil.)

CALVINO. Acabais, Ideleta, de romper sino por aquí bajo, al menos por la eternidad, el vínculo que nos une el uno al otro y que yo habia procurado estrechar mas y mas bajo el doble aspecto de clemencia y de redencion. Pero bien, no hablemos mas de ello, y decidme: ¿quereis hacer víctima de nuestras venganzas al que movido de una ardiente caridad, adoptamos por hijo?... ¿Quereis perder á Donato?

IDELETA. Donato!... he pensado en ello. Asi que vuelva le entregarán una carta mia y lo sabrá todo.

CALVINO. ¿Cuando vuelva, decis? ¿Sabeis dónde está?

IDELETA. Fuera de Ginebra, me han dicho, á desempeñar algun encargo vuestro.

CALVINO. Donato está aquí, en la ciudad, y si yo quiero correr al tribunal, es porque no quiero que Servet triunfe, porque si Servet triunfa, Donato muere.

IDELETA. ¡Muere! ¿Qué es lo que acabais de decir? ¿Qué habeis hecho de Donato?

CALVINO. Le he hecho acusador de Miguel.

IDELETA. ¡Hombre infernal! ¿Sabes lo que has hecho?

CALVINO. He armado la inocencia contra la impureza.

IDELETA, ¡Has armado al hijo contra el padre!

CALVINO. ¡Qué oigo!

IDELETA. ¡Sí, el hijo contra el padre! y soy yo, yo la madre, quien te lo dice!

CALVINO. ¡Gran Dios!!!

IDELETA. ¡Y yo estoy aquí, sin que lo hay sabido antes, sin que haya podido librarle de la muerte!

(Sube vivamente la escena: las campanas vuelven á tocar.)

¡Cielos! esas campanas... todavia esas horribles campanas!... ¡Ah! me vuelvo loca! ¿Qué significa el toque de esas campanas?

CALVINO. Esas campanas dan á comprend que es muy tarde ya y que los jueces han pronunciado ya su fallo.

(Confuso rumor afuera; se oyen en la ca

los tiros. Ideleta lanza un grito: comparece Donato.)

### ESCENA III.

IDELETA, DONATO, CALVINO.

DONATO. (*Está pálido, abatido, temblando y sus vestidos estropeados denotan una lucha violenta. Ideleta se precipita sobre él y mira que está herido; este la aparta dulcemente y sin recibirlo, y habla consigo mismo como azorado.*)

Y ni siquiera ha querido defenderse!... Termina razón esos hombres, allí, en la calle; muera, gritaban, muera el asesino de Servey! Es muy justo, puesto que no ha querido defenderse... y que ha sido condenado...

CALVINO (*bruscamente.*) Condenado, condenado, has dicho?

DONATO. Condenado al castigo de los sacrilegos y de los impíos... al suplicio del fuego.

IDELETA. Oh! Desgracia! desgracia!

CALVINO. Las pruebas, los papeles... ¿los papeles, pues?

DONATO. ¿Los papeles? Sí, ayer los encontré en mi calabozo.

CALVINO. ¿Quién te los entregó?

DONATO. Yo no sé. ¡Oh! me he servido cruelmente de ellos, y él, lo tengo bien presente, mientras le estaba acusando, mientras me abalanzaba á toda mi cólera y hacia caer sobre mi cabeza mis imprecaciones, me miraba con una dulce ternura y me hacia sentir toda

la estension de su amor. Ni una sola palabra ha dicho, no ha querido defenderse!

IDELETA (*llorando.*) Nó, no se ha defendido, no podía defenderse, porque ese hombre, entiendes, Donato? ese hombre es Villanueva.

CALVINO. ¡Señora!

IDELETA. Ese hombre!... es tu padre!

DONATO (*conmovido.*) Mi padre!! Es mi padre!... Ahora comprendo las terribles emociones que experimenta mi corazón! Mi padre, él! (*A Calvin.*) ¿y sois vos, monseñor, quien me ha hecho parricida?

(*Movimiento de Calvin.*)

IDELETA. Donato, cálmate! ¡Oh! no le amenesces, no le injuries, yo también ahora mismo le estaba insultando y amenazando, pero, él tiene en sus manos nuestros destinos. Oh! déjame implorarlo.

DONATO. ¡Deteneos, madre mia! (*Dá un paso hacia Calvin.*) Señor, ya nada os debo; el pan que por limosna me habeis dado, está horriblemente recompensado; así pues, voy á partir al instante, renunciando á tu falsa doctrina y á tu impostura... tus enemigos, se dice, están por allí bajo, voy á entregarme á ellos, voy á ofrecerles mi brazo y este puñal...

(*Recoge el puñal que se le habia caído á Ideleta.*)

IDELETA. ¡Donato! hijo mio, á donde vas?

DONATO (*apartándose de los brazos de su madre.*) ¡A salvar á mi padre ó á morir!

(*Ideleta despide un grito y quiere seguirle, pero Calvin se arroja sobre ella, la detiene y la obliga á caer de rodillas.*)

# CUADRO NOVENO Y ÚLTIMO.

## El padre y el hijo.

*Una plaza delante la catedral de San Pedro. La puerta principal de la iglesia está en el segundo plano, cortando el ángulo á la derecha. Á la izquierda viniendo del fondo hasta parar al primer plano una calle estrecha, tortuosa y cuya perspectiva conviene descubrir. Á la derecha y delante de la iglesia una casa, y arrimada á ella un banco que hace frente al espectador. Al horizonte el lago rodeado por las montañas alpestres. Entre el lago y la escena las casas de la ciudad baja. El día declinando.*

### ESCENA PRIMERA.

DONATO, PECOLAT, ROBERTO COP, PEDRO AMEAUX,  
MATEO FELIPE, HUGO VANDEL, LIBERTINOS  
ARMADOS.

*(Al levantarse el telon ocupan el fondo del teatro.)*

¡ Viva la república ! ¡ Viva Servet ! ¡ viva Donato !

DONATO. ¡ Amigos, soy de los vuestros ! Pecolat os lo ha dicho todo y os responde de mí. Compañeros, vuestra garantía es mi odio ; mi valor es mi desesperacion. Todo el que ame á Miguel, que me siga, porque Miguel es mi padre !

PECOLAT. Y nosotros le salvarémos. Vamos, presto, veamos, ¿ cuáles son nuestras fuerzas ?

BERTHELIER. Yo tengo cien hombres en el claustro de san Victor.

ROBERTO COP. Todos los pescadores de la costa son tambien de mi partido y se dirijen hácia la ciudad.

HUGO VANDEL. Yo tengo cincuenta hombres que llegan de mis tierras de Puplinge y de Ambilly.

PEDRO AMEAUX. La mayor parte de nuestros amigos se han hecho ya dueños de la Cité, y al instante mismo que demos la señal, van á atacar el castillo de Pille.

DONATO. Yo quiero marchar al frente de las primeras filas.

PECOLAT. Y yo iré contigo ! Señores, ha sonado ya la hora, adelante, pues, y que Dios nos proteja !

Todos. *(Movimiento general.)* ¡ Adelante ! marchemos !

### ESCENA II.

LOS MISMOS, CALVINO.

*(Sale Calvino de la catedral y se presenta en las gradas del templo.)*

DONATO. ¡ Calvino !

CALVINO *(con voz atronadora.)* ¡ Deteneos ! *(Todos se vuelven mirando á Calvino.)* y profaneis de este modo el nombre del Eterno ! *(Baja.)*

TODOS. ¡ Calvino !!

CALVINO. Sí, soy yo, yo solo contra todos vosotros, yo sin armas contra vosotros armados.... contra los mosquetes que me habeis quitado.

PECOLAT. No vengais á injuriarnos, Juan Noyon.

PEDRO AMEAUX *(apuntándole su carabina.)* Aguarda, ya te haremos callar.... ¡ Muera el traidor !

TODOS. ¡ Muera ! *(Le encaran sus armas.)*

CALVINO. ¡ Disparad ! Herid ! *(A su mirada y á su gesto parece tiemblan todos y vuelven á levantar los mosquetes.)* ¡ Insensatos ! matad á mí ! ¡ Cómo si pudiesen matarse las ideas ! Vosotros sois doscientos, trescientos, deciros, yo solo soy un ejército, un mundo ; mis soldados, mis fuerzas son los millares de inteligencias que he armado con mi palabra y equipado con mi fé. Muerto, reviviré en todas partes abatido, volveré á levantarme triunfante.

DONATO. Eres tú, Calvino, el que hablas tú que vas á matar á mi padre !

TODOS. ¡ Muera el verdugo de Miguel !

CALVINO. *(En actitud amenazadora.)* ¡ Muera Miguel ! Miguel es muerto inmediatamente, atreveis á dar un paso mas.

PECOLAT. ¿Qué dice?

CALVINO. ¡Ah! olvidais, señores, que terrible como el leon, soy, cuando conviene, aso como la zorra. Miguel, habeis dicho? es bien! en el mas profundo de los calabos de l'He hay dos hombres, el uno cargado cadenas, es Miguel, el otro en pie, es el verdugo, (*Rumores.*) sí, el verdugo, quien primer disparo que se oiga en la ciudad, al mer síntoma de alarma, al primer paso que los revoltosos, levantará su segur y rodapor el suelo la cabeza de Miguel. (*Cruza brazos.*) Ya veis, señores, que soy yo en manda aquí.

BERTHELIER. ¡Éh! marchemos, no importa; Servet, si es necesario, aceptará también la muerte.

CALVINO. Os engañais; Miguel ha pedido la vida. (*A Pecolat, entregándole una carta.*) Léela y lee.

PECOLAT (*leyendo.*) «Hermano: Quiero vivir. Ayer no temia la muerte; hoy me causa horror: ayer no era sino un ente orgulloso, la sentencia era para mí una carga insoportable; hoy soy padre.... Se me ha ofrecido la vida á las peticiones de una abjuracion.... y he aceptado. Adieu.»

DONATO. ¡Una abjuracion! ¡Mi padre deshonrado!

CALVINO. Ó muerto. Él ha hecho ya su eleccion, ahora es toca, señores, hacer la vuestra.

PECOLAT. ¡Oh! Servet, Servet! Y cuántos sacrificios, cuántos trabajos tendremos que sufrir para salvarte!

BERTHELIER. ¡Y bien, Pecolat!

PECOLAT. (*Sombrio.*) No quiero combatir....

CALVINO. (*Calvino.*) Calvino, aplazamos nuestra conferencia.—Tú, Berthelier, al claustro de san Pedro; tú, Pedro Ameaux á la Cité. Que dejen todos las armas. Retiraos!

Los libertinos se alejan por diferentes direcciones. (*Fin.*)

### ESCENA III.

DONATO, PECOLAT, CALVINO.

PECOLAT (*á Calvino.*) Miguel me salvó la vida en un terrible conflicto, y yo por mi parte juré salvar la suya, si algun dia se viere en su azada. El juramento que hice, está cumplido ya.

DONATO (*á sí mismo.*) ¡Una abjuracion!

CALVINO (*á Pecolat.*) Está bien.

(*Sube la escena y hace un signo: al instante sale del templo un hombre de armas llevando una bandera que ajita. Se oye á lo léjos un cañonazo.*)

En este momento caen las cadenas de Miguel.

(*Las campanas vuelven á retumbar en los espacios.*)

Ya sale Servet de su calabozo, se le conduce á esta plaza. Si se retracta de sus palabras, si abjura, queda libre.

(*Salte lentamente por la izquierda.*)

### ESCENA IV.

DONATO, PECOLAT, despues el pueblo.

PECOLAT. Venid conmigo, Donato, no os quedeis en esta plaza.

DONATO. Nó; quiero ver á mi padre.

PECOLAT. Creedme, no asistais á su horrible sacrificio.

DONATO. A su abjuracion, decid mas bien.

PECOLAT. Mirad, la multitud se estiende al rededor de nosotros; la plaza va á ser invadida.... Venid!

DONATO. Nó, nó, quiero ver á mi padre, le veré, os lo repito.

(*Déjese caer sobre el banco á la derecha.*)

### ESCENA V.

Ciudadanos, soldados, PECOLAT, DONATO, en seguida la comitiva, CALVINO, SERVET, el síndico, etc.

VOCES EN LOS GRUPOS. La comitiva! la comitiva! aquí está! plaza! plaza!

(*El cortejo desemboca en la plaza por la calle de la izquierda. Primeramente un piquete de soldados en seguida el consistorio, despues los ancianos y los diáconos. Vienen despues los heraldos de la villa con la capa medio partida colorada y amarilla. En pos de ellos los cuatro síndicos con traje talar negro, ribeteado de armiño y el baston sindical en la mano. Detrás de los síndicos y solo, Calvino. La muchedumbre se lo enseña con señales de terror. Trás de él otra escolta y por fin el paciente cubierto con un traje negro y la cabeza desnuda.*)

PECOLAT. Levántate, Donato. Ahí está tu padre.

(Los archeros que cierran la comitiva obligan al pueblo á alinearse. Servet queda solo en mitad del teatro, el síndico á un lado, al otro el verdugo. Los síndicos y pastores se han colocado en las gradas de la iglesia. Calvino está en pié y solo en la última grada.)

EL SÍNDICO (á Servet). Oid, Miguel Servet.

CALVINO (al pueblo). Ciudadanos de Ginebra los síndicos y miembros del consejo supremo de la república, os declaran por mi boca que perdonan á Miguel Servet del suplicio al cual habia sido justamente condenado. Se le deja la vida para que tenga tiempo de purgar sus faltas (á Servet). Miguel Servet, el hombre que existe en mí te perdona y olvida tus ultrajes. Pero Dios debe triunfar.

SERVET (á sí mismo). Ese hombre! ese hombre! mezclar el nombre del Señor á los siniestros arranques de su orgullo!

CALVINO. Ahora, en seguida, y ante el pueblo reunido, vas á confesar tus crímenes, retractar tus errores y declarar que tus impíos escritos te fueron dictados por el demonio.

EL SÍNDICO. Arrodillaos, Miguel Servet, y repetid la abjuracion que os va á dictar el señor Calvino.

DONATO (con voz sorda). Esto es horrible, Dios mio!

SERVET (á sí mismo). Retractarse!... renegar de mí mismo... asesinar mi pensamiento!... — Oh! sostenedme, Dios mio!

DONATO (cediendo á un impulso que no ha podido reprimir). Padre mio!

SERVET. Donato!

(Movimiento general. Se arrojan uno en brazos de otro.)

SERVET. Oh! Dios es quien me lo envia... no llores, hijo mio! gracias te doy por haber venido... sí, porque es por tí, por tí solo por quien voy á humillarme... y ahora, tendré valor para ello, puesto que estás aquí y que te veo. Sí, sí, tendré valor.

DONATO. Padre mio, vais á deshonraros.

SERVET. Pero en cambio, voy á vivir contigo y para tí. — Donato, hijo mio, mi soñada felicidad! — escucha, esta misma noche nos iremos, seremos libres, seremos dichosos.

DONATO. Dichosos, decís? dichosos con la desesperacion en el alma.

SERVET. Oh! no digas esto, no lo digas. Todos los que son padres me perdonarán. Ya lo veo, el hombre que te ha educado, te ha inspirado su intolerancia... pero, ya te lo explicaré, es preciso no tomar por lo sério todas esas quimeras del espíritu.

DONATO. Qué estais diciendo, padre mio!

SERVET. Y qué, despues de constantes pesquisas por espacio de diez y seis años, despues de haber perdido toda esperanza, te encuentro por fin, estas aquí lleno de juventud, de vida, é iria yo á morir! Mis ojos, estos ojos que te contemplan ahora, se cerrarian para siempre. Nó, nó, perezca mi nombradía, pero que yo viva... que no deje mi corazon de latir junto al tuyo!

DONATO. Y ese pueblo.... tantas miradas insolentes clavadas en vos!

SERVET. A tí solo es á quien quiero ver.

SÍNDICO. Miguel Servet, el consistorio y los síndicos aguardan.

DONATO. Padre mio, vas á arrodillarte ante esos hombres.

SERVET. Arrodillarme! sí, y qué importa. Nó eres tú la divina recompensa de mis sufrimientos? Permanece tranquilo, me siento con sobradas fuerzas.... y, vas á verlo, ni palideceré siquiera. Pero, sobre todo, que no te muevas de aquí, que mis ojos no abandone tus ojos. (A los síndicos). Estoy pronto, señores! (Se arrodilla.)

CALVINO (leyendo la fórmula). En nombre de Dios! fuente de toda verdad.... (interrumpiéndose) Qué es esto?

(Oyense lejanos rumores que van aumentando por grados. Suena el toque de rebato. Disparan algunos tiros. Movimiento general en la escena. Pecolat se arroja fuera de la escena dando un grito.)

PECOLAT. La revolucion! la revolucion!

CALVINO. Qué es esto, Dios mio! Se ha sublevado el pueblo.... Oh! los libertinos! los libertinos! (A los soldados señalándoles á Servet) Apoderaos de ese hombre, y caiga su cabeza á mi primera señal.

DONATO (arrojándose entre Servet y los soldados). Atrás! Antes teneis que pasar por encima de mi cadáver. El pueblo está aquí; el pueblo triunfa!

## ESCENA ÚLTIMA.

El toque de rebato va continuando y se ha oido varios disparos mas. — El pueblo y los libertinos se precipitan en escena. — Trábas una lucha con los soldados en que estos quedan vencidos y desarmados. Calvino ha desaparecido. Confusion general por un momento. IDELETA que ha entrado con el pueblo se ha lanzado en brazos de Servet y de Donato.

IDELETA. Servet! hijo mio!

PUEBLO. Muera Calvino! Viva Servet! Mueran los tiranos!

SERVET. Ideleta!

DONATO. Madre mia!

IDELETA. Sí, yo le he impulsado á ese pueblo, yo, loca, frenética, delirante, me he lanzado á la calle gritando: Venganza! y el pueblo y los libertinos han venido tras mí repitiendo: Venganza! Oh! esposo mio! hijo mio! (Forman grupo abrazándose.)

PECOLAT (apareciendo). Ciudadanos, el toque de rebato anuncia la libertad de Ginebra. El tirano ha muerto. Ginebra es libre. Ciudadanos, dad gracias al Señor!

(Abrense las puertas del templo y aparece magníficamente iluminado su interior. El pueblo se arrodilla.)

as in-  
er.  
y lo  
e ant  
orta  
sufri-  
to co  
valide-  
no t  
done  
seño  
(a.)  
ombr  
errun  
entan  
o. Di  
al en  
esce  
n!  
hab  
os!  
á Se  
su e  
os se  
or e  
vai;  
se  
y  
ráb  
os q  
a d  
a m  
pu  
le D  
Mo  
e p  
me  
!  
mi  
!  
se.  
os  
Ge  
p  
!

JOYAS DEL TEATRO.

---

CARLOS VII ENTRE SUS VASALLOS, drama en 5 actos de Alejandro Dumas : traduccion en verso de D. Victor Balaguer. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera

LOS QUID-PRO-QUOS, pieza en un acto y en verso de D. Juan Mañé y Manuel Catalina. — 2 rs. en Barcelona y 3 fuera.

MATILDE, drama sacado de la novela *Matilde ó memorias de una muger gran mundo*, de Eugenio Sue, traduccion de D. Arturo Vilgabec. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

UN CORAZON DE MUGER, drama en tres actos, original de D. Victor Balaguer. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO, drama en 4 actos, escrito en francés por A. Dumas y A. Maquet. (1.<sup>a</sup> parte) arreglada al teatro español por D. Francisco Luis de Rétes y D. Victor Balaguer. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO, drama en 3 actos y un prólogo (2.<sup>a</sup> parte) original de D. Victor Balaguer y D. Francisco Luis de Rétes. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

EL HIJO DEL DIABLO, drama en ocho cuadros precedidos de un prólogo, escrito en francés por los SS. Pablo Feval y Saint-Yves, y arreglado al teatro español por D. Francisco J. Orellana. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

DIEGUIYO PATA DE ANAFE, juguete cómico andaluz por D. Andrés Avelino de Orihuela. — 2 rs. en Barcelona y 3 fuera.

VIFREDO EL VELLOSO, drama en 3 actos precedido de un prólogo, por D. Victor Balaguer y D. Juan de Alba. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

LAS CUATRO BARRAS DE SANGRE, (segunda parte de *Vifredo el Velloso*) drama en cuatro actos, original de los señores D. Juan de Alba y D. Victor Balaguer. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

AMARGURAS DE LA VIDA, drama en cinco actos, por D. Andres Avelino de Orihuela. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

LOS LIBERTINOS DE GINEBRA, drama en nueve cuadros de Marco Fourment, arreglado al teatro español por D. Arturo Vilgabec y D. Cirilo Athonna. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

EL JUDÍO ERRANTE, drama fantástico en cinco actos y un epílogo, traduccion de D. Manuel de Malibrán. — 4 rs. en Barcelona y 5 fuera.

---

Nuevas adquisiciones que ha hecho el editor de esta biblioteca.

---

**El libro negro**, magnífico drama de Leon Gozlan, que ha alcanzado en Paris un éxito asombroso.

**La peste negra**, hermoso drama del vizconde d'Arincourt, traduccion de D. Antonio Alrich.

**Misterios de Barcelona**, original de D. Victor Balaguer.

**La taberna del diablo**, traducida del francés.

**El mariscal Ney**, idem.